

# La Gaceta Literaria

íberica: americana: internacional

LETRAS ARTE CIENCIA

periódico quincenal (1 y 15 de cada mes)

dirección:

E. GIMENEZ CABALLERO PEDRO SAINZ RODRIGUEZ

40 CENTIMOS

SUSCRIPCION	España y Países del Convenio postal Hispanoamericano.....	7,50 ptas
ANUAL	Extranjero.....	10,00 —
ANUNCIOS DE TARIFA.....	25 cts. la línea del cuerpo	
	Pólizas de suscripción	
	Descuentos: trimestre, 30	
	semestre, 15 %	
	anual, 20 %	

Madrid, 15 de Enero de 1932 Núm. 121

Redacción y Administración:

PRINCIPE DE VERGARA, 42 y 44

debe dirigirse toda la correspondencia

Se reciben suscripciones

en las principales librerías

## Mi estrella

## Robinsón literario

## de España

la República de las Letras)

Núm. 5



Por sexta vez pasa la constelación de LA GACETA LITERARIA ante la mirada de los Años Nuevos de España. Transe el rabo de su estrella española.

La primera vez este rabo era una auténtica nebulosa, un hervidero cósmico, fosforescente y tierno. Mis ojos guardan la imagen de aquel Año Nuevo. Parecía su cola como esos cestos del Padre Noel, donde toda la experiencia vieja y entrañable de un Padre Noel de barbas blancas acumula juguetes áureos con que encandilar la fe y la alegría de nuevas generaciones anuales y niñas. ¡Qué jaleo, risa, fervor, entusiasmo y corro, en torno de su árbol, de su cesto!

La segunda vez que ese rabo transitó por el cielo de España, la nebulosa se había ido clarificando. Los astrólogos prefijaban rumbos al asteroide. Y la marcha resultó segura y triunfal. Y esa misma ruta, encendida y totalitaria, tuvo su tercer Año Nuevo.

Pero los niños del corro fueron creciendo y haciéndose mayorcitos. Ibanse riendo ya del Padre Noel. Iban pidiendo al Padre Noel algo más que jugueterías, algo más que naderías, fiestas, músicas y poemas.

Mi estrella comenzó a ponerse triste, oscura, silente, vergonzosa y fugacísima.

Inútil que el Padre Noel moviese su barba blanca y contase cien historias, cien historias de almanaque.

Inútil que la nólica fantasía urdiese sus mejores almanaques y propagase el espíritu de almanaque para retener a los niños que dejaban de ser inocentes y niños.

¡No perdáis el espíritu de almanaque, pícaros inocentes!—les decía el Año de las Barbas Nevadas—. ¡No pidáis a la vida otra cosa que juegos puros y limpios! ¡Allons! ¡Voyons! ¡A l'Almanach des Honnêtes gens! Leed Le Grand Calendrier et Compost des bergers. No huyáis de mis Prognosticatio, de mis Tacninus, de mis Prophecias, de mis Ephemerides. Si no os satisfacen, os traeré en mi cesto—este año IV, este año V—las Conjunções et oppositiones solis et lunæ! Y aun seré capaz de citar ante vosotros, para que juegue con vosotros, al brujo Lansbergo, el de las barbas celestes:

*Cet astronome clairvoyant  
qui examine fort bien le temps  
pour vous prédire cette année  
le froid, le chaud, neige et gelée.  
C'est un homme de conséquence  
rempli d'esprit et de science.*

Pero inútil, inútil, inútil. Pero inútil, la imprecación nólica.

A solas mi estrella y yo, estamos por sexta vez en el cielo negro de la noche de España.

¡Qué silencio en nuestro torno! ¡Cómo rueda el mundo bajo mis pies y tu cola, estrella mía!

Las otras estrellas, encendidas, parecen encendidas para nosotros solos. ¿Sabemos dónde vamos? No, no lo sabemos. ¿Nos importa? No, nos importa, donde vamos.

Fidelidad de destinos. Y enlace de estrellas. Tu estrella y mi destino. Tu destino y mi estrella.

Sobre el frío de la noche y sobre el silencio del mundo, nuestras estrellas nupciales, sin frío y sin noche, con ardor y luz de intimidad.

¡Trance de novios y de ¡al fin solos! Trance de miel, estrella.

Tu cola esta noche, es cola de novia, cola blanca de gasa y plata. Y tu reluz, de ojos posesos y míos. Y tu perfume, de azahar, esposalicio.

¡Mi estrella de Noel, hacia la alcoba del cosmos! ¡Padre Noel, bendice! ¡Bendícenos! ¡Sin mirar! ¡Cuenta tus cuentos y almanaques a las otras estrellas! ¡Apágalas, en el sueño! ¡Que mi estrella me ha dado su estela, mi estrella! ¡Y cabalgamos al aire! ¡A caballo de amor, sobre el mundo; apagado mundo y desierto!

Número especial

redactado íntegramente

por Ernesto

Giménez Caballero





## El rey temporero

El acontecimiento parlamentario del mes, claro está que es éste: la elección de Presidencia a nuestra querida segunda República.

Yo vi parte de la ceremonia. Se la contaré a ustedes que no la vieron. Resultó muy bonita.

El Congreso estaba endomingado. Le habían puesto, a la puerta de los leones, ese toldo sultanesco que valía también para los reyes, cuando los reyes bajaban del Palacio al patio, a las Cortes.

Las calles del cortejo las enarenaron mucho, como cuando el Corpus Christi.

Vinieron muchos soldados. De nuestra guarnición local. Y de nuestro imperio colonial. ¡De nuestro imperio! (Moros y legionarios.) El pueblo, hasta avanzada la prima tarde, resultó escaso. Frente al Congreso, por cada unidad de pueblo habría unas diez unidades de fuerza pública.

Unos aviones pasaron por encima del Congreso y arrojaron papelitos. Al caer, la gente se precipitaba a cogerlos. Eran ejemplares minutos de la Constitución. Muchos la tiraban otra vez, por estorbarles lo negro. Otros la guardaban con el loable propósito de conservarla o venderla en su día oportuno a los coleccionistas de Constituciones.

Peró leerla no se vió a casi nadie. Pues todo español sabe que una cosa es la ley impresa en los libros y otra la impresa en los lomos del ciudadano. Sabía sabiduría, vieja herencia de un pueblo tan antijuriconsulto como el nuestro.

A la una y media salieron de entre los leones unos señores a pelo y en frac. La gente empezó a decir: ¡ya preparan el lunch, ya están ahí los camareros del Palace! Pero en el mayor asombro, se vió que tales señores montaban en unos coches de presidencia de toros, y como en las corridas benéficas, se iban a buscar a la Presidencia.

Como la gente de Madrid ha perdido ya toda tradición de fiesta pública y solemne, comenzó a despistarse. Y un despistamiento continuo fué toda la ceremonia.

¡Ahí va, ahí va el Presidente!, decían señalando a Ossorio, a Besteiro o a Maura. ¡No, no, recriminaban otros, mientras rompían a aplaudir, Alcalá Zamora es éste! Y señalaban a Barnés.

Por fin, alguien dijo que el Presidente estaba en su casa e iban a buscarlo esos señores, tan elegantemente vestidos de frac.

Hacía mucho frío. Ese frío soleado que corta la cara y el pulmón de Madrid.

A poco más de las dos, la caravana de coches presidenciales reapareció por la Cibeles. La denunciaron los fotógrafos y los cinematógrafos: que empezaron a disparar sus objetivos sobre los objetivos en ciernes.

Las unidades de pueblo buscamos ansiosas el rostro de nuestro Presidente. No tardamos en descubrirle, nosotros, las unidades del pueblo, y rompimos a aplaudir, a ver si entrábamos en calor con algo.

El Presidente iba muy emocionado. Se levantaba del asiento y saludaba con su copa, con su sombrero de copa. ¡Oía los

aplausos? ¡Eramos tan pocos y tan lejanos los aplaudientes! En uno de los saludos se descuidó el cochero de la carretela y echaron a andar los caballos, bruscamente, con grave detrimento del equilibrio presidencial.

Por fin se entró, entre los leones y bajo el toldo, Parlamento adentro, y tras él todo el cortejo. Pasaron varios minutos. Parece ser que en el interior de la Cámara hubo sus más y sus menos, porque algunos diputados tan elegantes como Ortega y Gasset y Maura, aparecieron de chaqueta, como por humillar a Prieto y a Azáña, que llevaban faldones.

Por fin, el pueblo, vimos que la cosa tocaba a su fin. Surgieron unos maceros en la puerta de los leones, prestados por el señor Rico.

El director de Seguridad, de frac y diligente, dió más órdenes, sin duda oportunas.

El cortejo tornó a resurgir entre los leones. Ya el Presidente llevaba colgado al cuello algo, que no se distinguía bien y que luego supimos por los periódicos ser el Collar de Isabel la Católica, aquel collar que empujó la reina Isabel para pagar a Colón las dietas de su viaje de propaganda por América, aquel collar famoso que ahora acaba de desempeñar la República.

Los fotos y los cinemos se inflaron de imprimir celuloide frente al Presidente, al que contemplaba más de un diputado, con envidia mal contenida.

Resultaba un hombre sencillito, simpático, bondadoso y paterno nuestro Pre-



El rey temporero Patita coja, por Marc Eemans

sidente. Tan sencillito y demócrata que él mismo fué a abrirse la portezuela de su coche; lo que no toleró de modo alguno su lacayo. Pues los lacayos, aun bajo la democracia, no olvidan su lacayez.

Y ¡tarará, tarará! en medio de cornetas y tambores, el cortejo se marchó al Palacio del Rey, de los Reyes de España.

Por el trayecto no hubo incidentes, ni apreturas excesivas. Frente a Palacio, la gente, ya almorzada, empezó a congregarse en auténticos rebaños. Y allí sí, allí hubo de todo. Hubo nuevas confusiones, tomando a Besteiro, presidente de la Cámara, por el Presidente también de la República. Ello se debió a que Besteiro destacaba en el balcón del Rey, con un palmo más de altura que el nuevo rey.

Hubo carreras, apreturas, desmayos, sustos, aplausos y silbidos. Se silbó a la Guardia civil. Se silenció al Ejército. Y se aplaudió a los moros y a los legionarios. ¿Por qué? ¿Porque ni los moros ni los legionarios eran españoles, sino pobres mercenarios? ¿O simplemente por sus bonitos y vistosos uniformes? Mi opinión es que se les aplaudió porque representaban la única nota colonial—modestísimamente colonial—de un pueblo como el de España, conquistador de mundos, y que se despedía de sí mismo antes de morir como pueblo interventor

y colonizador en esos últimos vestigios nostálgicos y soñadores de su pasado. Aplausos de agonía. Sol de ocaso.

Los comentarios a la ceremonia Presidencial fueron muy variados y numerosos.

Nuestra valiente ex aristocracia, no encontró más heroico sistema de demostrar su disgusto por lo ocurrido que ponerse un brazal de luto y quedarse en casita. Muchos arrogantes militares, antiguos monárquicos, rindieron su arrogancia ante el Repúblico, con la misma arrogancia que antaño ante Abd-el-Krim.

Algunos extranjeros mostraban su asombro de que una ceremonia que debió resultar tan española se pareciera tanto a las que organizan de vez en vez algunas repúblicas suramericanas. *Bien es verdad*, decía un alemán, *que hoy España es la más joven de las repúblicas suramericanas de España*.

Quien únicamente tuvo gracia y certeza en sus comentarios—como siempre en Madrid—fué el pueblo de Madrid, eso que se llama "la gente".

¡Había que oír los miles modos con que la gente expresaba que aquí en España no había *pasado* ná, y que un rey se había ido para ponerse otro, disimuladillo, pero otro!

—¡Vaya una República con palacio real y *tó!*—decía un tipógrafo amigo mío. ¡Esto es un rey de pamplinas!

—No, de pamplinas no. Esto es lo que ya en las más viejas y en las más primitivas repúblicas humanas se llamó un rey temporero.

Alguien me solicitó que explicase eso del *rey temporero*, y yo no tuve inconveniente alguno.

Como quizá muchos de ustedes lo ignoren, voy a repetirlo para que se lo aprendan.

"Los etnólogos han denominado *reyes temporales* o *temporeros* aquellos gobernantes que ocupaban los tronos en forma de simulacro, para dar al pueblo la sensación de un rito tradicional en todo pueblo monárquico: el *regicidio*."

En Cambodge, llegado que es el mes de Méac (febrero), el auténtico rey abdica, se marcha por un cierto tiempo de su trono. Durante el tiempo que dura su voluntaria ausencia sube a su palacio—de acuerdo con él—un rey temporero, cuya familia no tenga nada que ver con la familia dinástica. En un día fasto, fijado por los astrólogos de la tribu, los mandarines conducen al rey temporero en procesión triunfal. Montado en uno de los elefantes reales sube al palanquín y marcha escoltados por soldados de gala que llegan desde las tribus vecinas de Siam, Annam, Laos, etc.

En vez de corona porta un bonete blanco y puntiagudo, una especie de gorro frigio. Y sus insignias, en vez de diamantes, son de madera sin pulimentar.

Presenta sus homenajes, ante todo, al rey verdadero. Después pasea las calles de la capital. Y, finalmente, cumple el rito de "la montaña de arroz", que consiste en triturar por sus elefantes cañas de arroz, cuyos granos se reparte el pueblo: esto es: un simulacro de reforma agraria que asegure al pueblo la comida del año.

En Siam ocurre algo semejante. Allí se nombra el rey temporero en el sexto día del sexto mes, o sea en abril. Este temporero de Siam manda a todos sus mandarines confiscar cuanto encuentren en bazares y tiendas públicas. Después tiene una ceremonia también agrícola durante la que debe permanecer apoyado a un árbol y con el pie derecho sobre la rodilla izquierda. Por lo que entonces el pueblo le denomina "Rey de la patita coja", aunque oficialmente se le llame *Faya Follathap* ("señor de las celestes tropas").

En el alto Egipto, sobre el 10 de septiembre, cuando el Nilo alcanza su más alto nivel, se suspende por tres días el

gobierno normal y cada ciudad elige soberano.

Este soberano temporero, porta un vertido gorro, una gran barba de estopa y un manto variopinto. En la mano cetro. Y, tras él, una turba de escribas guardianes... Se dirige a la casa del bernador. Le obliga a dimitir. Subido al trono, decreta preceptos que deben obedecer todos los súbditos. Al tercer día este *falso rey* es condenado a muerte. Queman sus vestiduras y el Fellah recoge de las cenizas. En Uganda se quemaban de verdad a los hermanos del temporero. Por ser ilícito verter sangre real, aun cuando sea falsa.

También en Fez conservan los eslavos musulmanes una costumbre semejante: la que llaman del *Sultán tumba*, o sultán de los escribas.

Y así, en Cornuailles, hasta el siglo existió la pascua del rey temporero.

Y en Sumatra. Y en Bilaspor. Y en otros puntos del globo antiguo y globo actual."

...

Esta es la historia documental del rey temporero. Todo Presidente de República, en la historia, es un rey temporero.

Como fiel republicano de esta segunda República española, deseo vivamente que nuestro primer rey temporero, nuestro primer presidente, dure más que los reyes temporeros del Alto Egipto, Uganda y de Siam.

## LA JEFATURA MAS NACIONAL

### Primer Don Nadie de España

Así como a los jefes de clac, *todo el mundo los desdén* en España, *año más cuando los utilice forzosamente, a la cuer* jefes de contraclacs, jefes de protesta, *traj todo el mundo los admira en España* nuestro *aun cuando nunca le sirvan para algentar.*

Yo soy en estos instantes uno de estos jefes. Tengo el orgullo y la tristeza de poder constatarlo.

Junto a mi puño alzado contra el traje, *y contra aquello, veo que otros puños* políticos *alzan y siguen al mío contra aquello* contra esto.

Al pronto puede este conglomerado de protestas unidas dar la sensación de algo orgánicamente unido, de un mismo ideal, *de un grupo compacto, disciplinado y fiero*. Pero se engañaría quien lo creyese así. Yo no lo creo y, por tanto, no me engaño.

Esta gente que aprieta el puño a modo de *lado y que excita con su puño al mío* más enhiesto y delantero, dejaría de *apretarlo en cuanto yo cayese en el lazo* de querer utilizar tales puños para algo determinado, en cuanto se les incitase a descargarlo exactamente sobre un exacto objeto.

En España da categoría, da ilusión de jefatura ser "antagonista". Pero en cuanto se quiere cambiar el "antagonismo" cano, en "protagonismo" la gente se desbanda, se ríe y desprecia. Conozco bien este secreto pliegue del alma nacional de España. Y lo descubro ahora y lo despliego, sin pestañear. Con todo el estoicismo que supone aceptar una tragedia sin más personajes que los antagonicos.

La crisis de los grandes partidos políticos de España se debe a estos antagonismos, unidos sólo en la protesta contra lo protagónico, contra esto y contra aquello.

Es nuestra forma castiza y pura de nihilismo español. Como buen castizo he de reconocer amargamente que nada hay que satisfaga más mi orgullo ahora que ser, al fin, jefe de nada, jefe de antagonistas, primera y codiciada jefatura española: esa de llegar a ser el primer don Nadie de España.



## HABITOS EN POLÍTICA

## La Capa, el Chaleco, la Camisa y el Mono

## POLÍTICA DE LA CAPA

A veces, las minorías directoras de España en estos últimos tiempos se dieron cuenta de la irredención política del país mirando a las gentes pasar por la calle. España se dividía en dos sectores irreconciliables: la España del traje regional, del pardillo, de la masa inerte. Y la España del traje demourbano, del traje comprado en los grandes almacenes internacionales.

Como toda política no es más que conciliación de ciudad y aldea, de agro y urbe, pensaron a veces estas minorías directoras en algo que cubriese los dos contrarios. Algo que encomunara los dos cuerpos electorales del país: el campe-



La capota española que portaron los grandes castizales como Alfonso XIII, Primo, Pérez de Ayala, Asúa y otros muchos.

sino y el ciudadano. Pensaron entonces en la famosa *capa*. Pues la *capa*, según los españoles, todo lo tapaba.

En España ha habido una política de la *capa*. Justo es reconocerlo.

La *capa* fué la veste de Séneca. En la *capa* se envolvieron el feudal y el mendigo en España. En los vuelos de la *capa* se descubrió y conquistó América. La *capa* era nocte: la portó Don Juan. La *capa* era popular: *capa* de pastores castellanos, *capa* de los toreros. Era intelectual: *capa* del sopista. Era litúrgica: manto del sacerdote.

Los *narodniks* hispanos, nuestros castizos, levantaron la *capa* como un estandarte. Primo de Rivera, la noche del golpe de Estado, salió por Recoletos envuelto en su *capa*, como Juan José, el de Dícanta.

Los *européizantes* coincidieron también con los *narodniks* en el culto de la *capa*. La República *européizante* de un Asúa, de un Marañón, de un Ayala, de un Mesa, de un Tapia, vino terciada la *capa*.

Pero la *capa*—*capa* azul, *capa* parda—, con sus embozos de terciopelo, era ya mítica consunta, trasto arqueológico, funda antiautual del hombre hispano, capricho y divagadora fantasía. Las masas españolas no aceptaron esa revolera uniformación. (Todo lo más, nuestro Ejército hizo de la *manta* *capote*. Pero no de la *capa*.)

La política de la *capa* fué una simiente de viejo arraigo, pero sin arraigo ya en España.

La política de la *capa* fracasó en España—como fracasó el tiro de fusil disparado sin bala. Polvorita en salva. *Capa* que escapa.

## POLÍTICA DEL CHALECO

Además de la política de la *capa* ha existido recientemente en España, la política del *chaleco*.

Política, sin duda, más íntima. Ya que el *chaleco* era más *ropa interior* que la *capa*. Pero el *chaleco* no llegaba a ser del todo íntimo—como la *camisa*—, ni del todo extérmo—como la *capa*—. Era una prenda intermedia, moderada, burguesa y complementaria el *chaleco*. El *chaleco* era una prenda *constitucional*, útil sólo en las crudezas del tiempo. Así como la *capa* poseía un abolengo millenario y espléndido—pagano y católico—, el *chaleco* era un advenedizo, un moderno, un librepensador, un nórdico. Pues aun cuando el pellico y el tabardo y el colete pudieran considerarse como de la familia *chalequera*, el *chaleco* no nace como individuo hasta las horas enciclopedia del XVIII. El *chaleco* es esa herencia que nos deja la casaca dieciochesca; peor herencia que las polémicas de Diderot y que el evolucionismo darwiniano. El *chaleco* es una sobreprenda, un relativismo, un quita y pon, una contingencia sin grave sustancia. Es un poco casaca; pero no tiene mangas. Es un poco *camisa*; pero le faltan faldones. Es un poco coraza; pero carece de resistencia. El *chaleco* es una prenda económica, materialista y pedante; con bolsillos para el dinero y para el reloj.

Entre nosotros, el gran restaurador del *chaleco* ha sido Miguel de Unamuno.

Bien es verdad que el *chaleco* de Unamuno resultó una invención casi antichalequista. La menor cantidad de *chaleco* posible.

Unamuno quiso con su *chaleco* deshacerse del gabán y de la *capa*, de toda exterioridad. Quiso hacerse como una cota de paño. Como una *camisa* de fuerza pectoral. Como una loba salmantina. Como un hábito loyoleco. Pero el *chaleco* de Unamuno—tan antichaleco—no cundió, no hizo otra política que la unamunesca.

El *chaleco* que cundió en nuestra juventud fué el *guadarrameño*, el *gineiriano*. El *chaleco* de lana. El *chaleco* alpino, *européista*, anglosajón, deportivo. El *pull over*, el *jersey*.

Yo no sé si Giner se ponía *chalecos* de patinar en su Poreiñeula *guadarrameña*. (Sólo sé que Giner se vestía en El Aguila—para no preocuparse de tener que vestirse—. Y mandaba a su portero que le comprara los trajes. Y así reducía al mínimo su esfuerzo de vestir y



Los chalecos dieciochistas.

aumentaba al máximo su deseo de desnudez y pureza.) Desde luego, su gran discípulo José Castillejo me consta que es un gran *chalequista*.

Cuando la vida estudiantil, *gineiriana*, *serrana*, de la F. U. E. inició su vida—ya lo recuerdan ustedes—fué a base

de *chalecos* rojos. A Sbert se le podía definir con aquello de "Dime con qué *chalecos* andas y te diré lo que estudias".

La F. U. E. quiso concentrar en el *chaleco* lo que los estudiantes alemanes concentraron en las gorras.

Pero el *rojo fueista* se enfrió en seguida. Y el *chaleco* quedó como una prenda vaga, usual, buena para cualquier hortería, apta para cualquier radical socialista, portable para cualquier español pacífico de estos que han renunciado a la guerra y han aceptado la libertad de cultos y de *chalecos*. Quedó el *chaleco* en España como un traje útil sólo para esos pocos días invernales, cuando la sierra del lugar sopla su *gris*. Pero absurdo cuando sopla nuestro viento leonado del Sur, el áureo siroco hispánico; absurdo cuando—meses y meses—el sol de España cascara nuestras piedras, nuestros huesos, nuestra piel y nuestra alma. ¡Gran sol moreno—sin nieve y sin patín—de España!

## POLÍTICA DE LA CAMISA

La política de la *camisa* apenas ha tenido repercusión en España. La gran política universal de la *trasguerra* ha sido la grande política de la *camisa*. (España reanudó su vida en la *trasguerra* como si no hubiese pasado nada en el mundo, como quien no había ido a la guerra: envuelta en su *chalequito* y en su *capita*. En el *chalequito*, unos dñeritos. La *capita*, tendida en el suelo para seguir durmiendo, lejos de los tiros, en un rincón del mundo.)

La gran moda del mundo tras de la guerra—para los países guerreros, combatientes, sociales y revolucionarios—fué esa de la *camisa*, el descubrir el valor de la *camisa* como prenda mística.

País de *camisa*, Rusia. País que secularmente honraba en la *camisa* todo el genio rural de sus masas. La *camisa* de Rusia era una *camisa* evangélica. Alba túnica corta que pudo llevar Jesucristo y que llevó Tolstoi. La *camisa* rusa era aquella *endymata* que portaron los pueblos antiguos y que recogió Bizancio y luego la ortodoxia infantil y campesina de los eslavos. Era una *intérula* clerical, sujeta con un cingulo de cuero. La *camisa* rusa era una prenda íntima que se había hecho—en Rusia—pública. La *camisa* era lo que separaba al ruso del cosmos: su tabique de lino. La guerra europea tiñó de sangre esta *camisa* de nieve. Sangre de trinchera sobre estepa nevada. Y las *camisas* rojas nacieron para siempre—originalmente—en la historia social del mundo.

Otro gran país social de *trasguerra*—Italia—era también un país de *camisa*. La *camisa* italiana era anterior a todo. Fué la *vestis senatoria* de Roma, que—andando los siglos—quedaría representada en los *contadinos* de las *campañas* italianas.

El pueblo iba en *camisa*—*camisa* rural—en Italia. Frente al sol mediterráneo, la *camisa* italiana era el traje racional y natural del italiano. *Camisa* negra, *camisa* de recuerdo litúrgico y católico, ya que el calor negro podría afirmarse ser el color católico. Mussolini recogió la *camisa* negra de sus fascios en los torsos más populares y terruñeros de Italia. La *camisa* italiana era *camisa* con los faldones dentro—no como la rusa, que los dejaba colgar—, por dar aún más valor al símbolo íntimo, puro y corporal de la *camisa*.

Pueblos de *camisa* son todos esos rurales. Ved los pueblos balcánicos. Ved esas *camisas* maravillosas de Rumania, donde un arte de magia popular borda poemas incomprensibles. *Camisas* búlgaras, macedónicas, griegas, serbias.

Ved las *camisas* gauchas de las pampas americanas. Las *camisas* mejicanas. Nuestras *camisas* andaluzas de *chofreras*.



Tal fuerza tuvo esa camisa de fuerza de la trasguerra, que pueblo tan anticamisardo como Alemania ha debido, con



La gran camisa rural del mundo eslavo y antiguo.

Hítler, hacer un ejército de camisas pardas, aunque se hielan de frío los nazis.

Prenda elemental, inocente, popular, campesina, antiurbana, antidemocrática—la camisa—. Desafiando a chalecos y a chaquetas y a toda sobreestructura demótica y burguesa. La España "que no fué a la guerra" tuvo miedo de meterse en la clásica camisa española de once varas. Primo de Rivera se aventuró en ella, y ya veis que se asfixió, que se perdió. Los socialistas la transformaron en camiseta, y así andan tirando. Con camiseta y frac.

A España no le llegaba la camisa al cuerpo, y por eso la ocultó—la sigue ocultando—con chalecos, fraques y capas.

#### POLÍTICA DEL "MONO"

La política del mono es mi política. Perdónenme por ella; excúsenme por tener yo una política del vestir. Ya que no la he inventado yo la política del mono. A no ser que den ustedes a la palabra *inventar* sus orígenes etimológicos de *encontrarse con las cosas*.

Un día—ya va para cinco años—yo me encontré con el mono, me hallé *inventado* o *invenido* en el mono. Y desde entonces le tributo honra.

Fué aquel día que tuve que mezclarme en un taller operario, y andar entre máquinas, y adoptar el uniforme azul mahón que me circundaba.

Desde aquel día, en aquel taller, y en aquel barrio de monos mahón—donde trabajo y vivo—constaté lo que el mono reservaba a mi vida.

El mono desde entonces es para mí el hábito habitual. Es mi ropa doméstica y de barriada. Con él llego hasta los límites de la cuenca obrera donde habito. Donde habito con mi hábito habitual, el mono.

Y es toda mi fortuna pasar desapercibido entre otros monos mahón. *Uniformado*. Y al mismo tiempo *único*!

Porque en el mono hallé la desiderata de mi robinsonismo. El hábito robinsonico por excelencia. La prenda, *única*, *indivisa*, *singula*, *mónica*. (Leibnitz soñó para sus *mónadas* el mono como envoltura formal. Los eremitas de la Tebaida vestían *mono*: prenda estilista, traje anacoretico, tela color de cielo.)

Color de noche española, de noche celular y azul de España—el mono—, envuelve las brigadas, trabajadoras, mecánicas, de España, como su signo internacional y cósmico.

El mono para mí realiza el supremo mito hispánico de respetar la *individualidad*—fundiendo al individuo en la masa.

En el mono voy yo—prenda única y totalitaria!—; pero va *todo un sector social* que labora y avanza en marcha rítmica, brigadiera, al son de sirenas de fábrica, hacia líneas cada vez más heroicas de combate y lucha.

En el mono se disuelven el joven burgués conductor de motores y el joven obrero guiador de máquinas.

El mono suprime la chaqueta decimonónica, y el pantalón decimonónico, y la corbata decimonónica, y el chaleco decimonónico, y el sombrero decimonónico, y la blusa decimonónica de Juan José y de Galdós, todas esas piezas innobles, ridículas, cursis, mediocres, que han esclavizado a la humanidad recientemente pasada con su garra burguesa y caprichuda.

¡Ah el mono! ¡La política del mono! Yo tengo un mono de invierno y otro de verano. Uno azul, pañoso, con su cierre metálico de sutura instantánea. Y otro color de polvo, de arena, crudo, color de verano madrileño, en tela ahilada y fresca.

No se me ocurre pensar que un día los "monos" de España, los "robinsones" españoles, marchemos con este uniforme hacia una presentida meta nacional. No se me ocurre idearlo—porque este caminar ya está en marcha—. Yo no he hecho más que sumar mi mono



Mi "mono" y yo.

a la hercúlea cuadrilla. Y llegar con él—hasta esas avanzadas de mi cuartel, de mi barrio—donde se asoma cautelosamente mi mono, pues allí comienza el enemigo: la corbata, la chaqueta, el pantalón, la capita, el frac, la camiseta y el chaleco. El viejo mundo transido.

#### El peligroso grito de ¡viva España!

No se debe tener miedo de que nos llamen antimonárquicos o antirrepublicanos en España. Lo que se debe temer honradamente es que nos llamen anti-españoles en España.

No debe arredrarnos el que nos acusen de por qué no gritamos por las calles ¡viva el Rey! o ¡viva la República! Lo que debe intimidarnos es si nos sorprenden desalentados de gritar ¡viva España!

Porque España es lo que vivía en España y lo que no quieren—los del rey y los de la república—dejar que siga viviendo por encima de ellos.

Hay que tener la frialdad y el ardor de mirar cara a cara todo grito en España. Para ver si ese grito tiene cara o careta.

Decir ¡viva el rey! en España—antes de que se muriera el rey en España—no era decir ¡viva España! Sino ¡vivan... fulano, mengano, zutano, perengano, y el tal, y el cual, y el talem! Pero no era decir ¡viva España! Por eso la España que vivía quitó la careta de aquel viva y sepultó a los enmascarados vividores para siempre.

Decir hoy ¡viva la República! va siendo, cada día más, decir ¡vivan unos cuantos nuevos señores de España! Pero no un ¡viva España! Pero no un ¡viva la España que vivía y que quiere seguir viviendo!

El mejor viva de esta España que vive y no se resigna a morir en su silencio en los vivos.

Ni la Monarquía ni la República arrancaron del pecho de España más videntes que los obligados, circunstanciales y transeúntes.

Porque la Monarquía y la República—todo el período histórico de todos estos años españoles—no ha sido un vivir para España, sino una preparación de muerte, un morir habemos—trágico, implacable y atroz.

Era un preparar el martirio de España en la desmembración de sus miembros, martirio inquisitorial. Era un preparar el robarla para siempre a España el nombre de España.

Era el desnutrirla de esperanzas, de sueños, de trabajos, de propósitos, de ganas de luchar, de morder, de reír, de llorar, de ser España un *ser todavía más* de lo que era. De España ser más que España. Por lo menos más que esa España desespañizada de tantos años inclementes.

Nadie se atreve a decir ya ¡viva España! en España. Grito el más peligroso, subversivo, desesperado y terrible.

No lo digáis por las calles si no sois unos héroes. Os detendrá la policía.

No lo digáis en vuestro corazón, si no sois unos justos. Os lo arrancará el cura traidor y pérfido, al servicio del Papa. Os lo arrancará el intelectual pérfido y traidor del otro Papa, el del mandil masonico. Os lo arrancará el obrero descorazonado al servicio del tercer Papa del mundo: el Papa rojo.

Pero todo credo vital necesita sus héroes y sus mártires para que siga viviendo y no se muera para siempre, como murieron los vividores de los otros vivos.

El ¡viva España! necesita ofrendas y sacrificios—ya que los sacrificios y holocaustos nunca caen en vano.

¡Ah, nuevo grito de España, el más viejo grito español: ese de ¡viva España!

Desde mi célula romántica e inmovible—¿me oís, pobres silenciosos de España?—¿me oís?: ¡Viva España! ¡Viva España! ¡Viva España!

#### Los anteojos



Veó al aprovechado joven Bermúdez Cañete en Londres.

Veó que el aprovechado joven Bermúdez Cañete ha sido nombrado para un cargo en la Embajada de Londres, sin que *El Debate* ni otras esferas se hayan estremecido de tal colaboración con el nefando régimen.

Cañete era el presidente de las juventudes de Acción Nacional, era archicatólico y se decía muy revolucionario. Pretendía ser

el nuevo Sbert del nuevo movimiento juvenil en ciernes.

Pero a Sbert también un día le tentó demonio en forma de un señor Benjumea que le ofreció el oro y otras cosas (tiempo de Primo).

Sbert no cedió. Sbert quería algo con fuerza, superior al oro. Cañete se ve que lo único que deseaba era bullir y figurar.

¡Buen viaje! ¡Que Pérez de Ayala se depare buena!

Veó a Cambó presagiar la Monarquía.

Veó Cambó convertirse al republicanism Y, por tanto, presagiar la Monarquía. Y llagar tarde, nuevamente. Y salir viajando, nuevo, hasta otro turno impar.

Veó a Zulueta de ministro

Veó al querido amigo y maestro Zulueta en el Ministerio de Estado. Con su aire de Cándido. De Cándido el de Voltaire. Con su aire de evangelista. De evangelista protestante. Con su finura, su dulzura, su ironía, sus garras tenues y duras.

Yo escribí un día largamente sobre Zulueta. Como largamente escribí de todos nuestros actuales gobernantes y escritores



¡Pensar que no hay un solo escritor de estos que gobiernan agradecido a mi esfuerzo por darles a conocer—durante años—sistemáticamente, en un país donde nadie se preocupó nunca de hablar sistemáticamente de los escritores! (¡Sobre todo cuando no gobernaban!) Es decir, hay uno. Zulueta me agradeció mi esfuerzo. No me hizo el silencio glacial—por ejemplo, de un Azaña: este Azaña a quien nadie de sus acólitos ha sido capaz de descubrir al gran público. Único servicio que ante todo debía haberlos exigido.

Gracias a que uno no escribe por las gracias. Sino por la gracia de Dios y del Espíritu Santo. Y por la gracia de la República, que Dios guarde muchos años. Y el Espíritu Santo. Las memorias de uno no son memoriales. Son simples memorias a la familia. La familia de la pluma. Por eso la familia le trata a uno como de la familia. Sin hacerle el menor caso. Pero Zulueta me lo hará, porque siempre fué muy amable conmigo, y hasta me regaló caramelos algunas veces, ¿verdad que sí, querido Zulueta?

LA CORRESPONDENCIA PARA  
El Robinson Literario de España  
DIRIGIRSE A CANARIAS, 41



## ESPAÑA

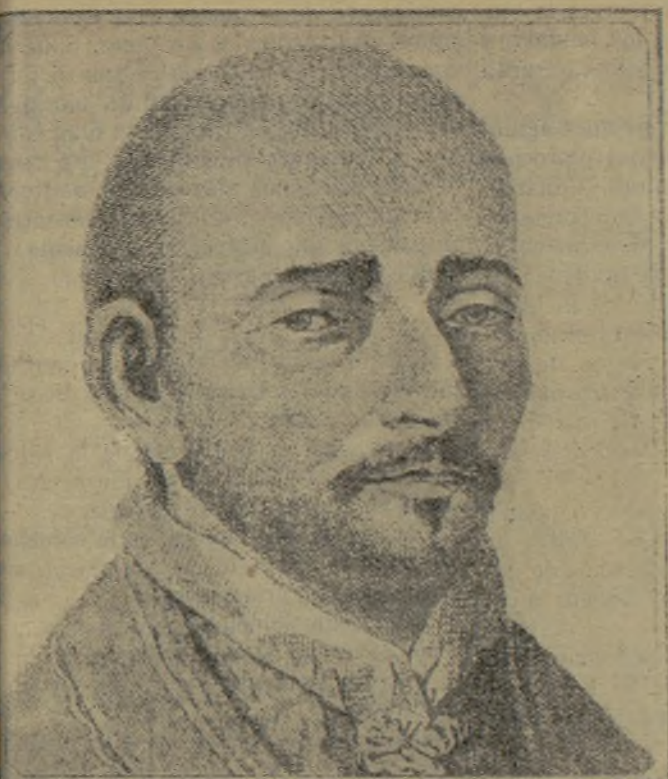
Y

## RUSIA

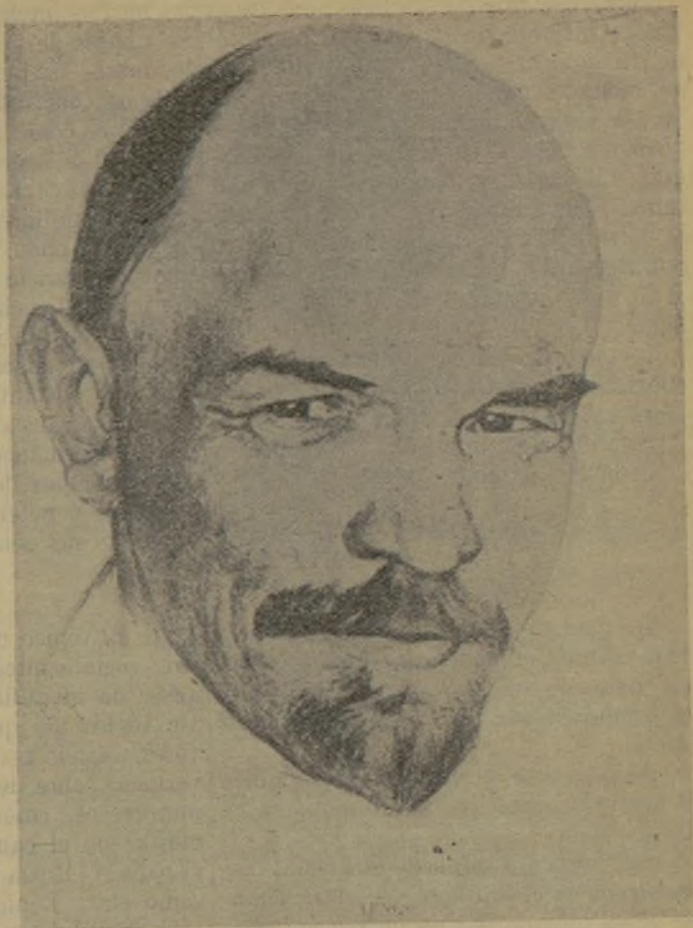
Loyola

y

Lenin



Ignatius Loyola.



Al director de "Mundo Obrero", Gabriel León Trilla, en recuerdo a sus años católicos de Valladolid.

## MORAL DE LA EMULACION

Leyendo un informe del comunista S. Tretiakov sobre el nuevo sistema de trabajo en la Rusia soviética actual me he detenido maravillado ante la invención de Kostiuska Rutkin, redactor de periódico de fábrica. Esta invención ha consistido en crear una bandera simbólica: poner dos "brigadas de choque" frente a frente, y aquella brigada que rematase más rápida su hoja de trabajo concederle la bandera para que la mantuviese sobre sus bancos en emulación constante de la otra brigada. Así, la brigada de Pavel Riabteikov, que se le consideraba como la peor de todas, llegó a cubrir su plan de ejecución en un 137 por 100. Y el porcentaje de las roturas logró disminuirlo de un 13 a un 5.

De este modo Kostiuska Rutkin, redactor de periódico en la fábrica, consiguió descubrir nuevamente en el mundo, en el mundo soviético, la vieja moral jesuita de las "banderas": el viejo secreto pedagógico del estímulo; la ética loyolesca de "la emulación".

Pero no sólo Kostiuska Rutkin poseyó el secreto para estimular la "juventud de choque". En otras partes de Rusia esta moral estimuladora, jesuita, se había puesto ya en juego automáticamente, como obedeciendo a todo un sistema ético de la nueva Rusia. Ellos lo revelan esas "cartas de muchachos a sus padres" que publica el mismo Tretiakov en su informe. Esas cartas que escribían también educandos españoles del siglo XVII excitando a sus familiares a huir del pecado y servir a Cristo.

Un chico ruso, M. Sorin, escribe así a su casa: "Querido padre: Después de saludarte paso a decirte que casualmente me he enterado de que habías puesto tu nombre, por trabajar mal, en el ignominioso tablero negro, mientras yo, hijo tuyo, me veía inscrito con mi brigada de choque en el tablero rojo... ¡Vergüenza, podía darte! Tu comportamiento es la deshonra de nuestra familia."

El jesuita Joannes de Castillo, en su obra "De iustitia et iure", publicada

en 1641, declaraba textualmente: "cuando el padre es una rémora para la comunidad, y no hay otro medio para impedir su daño, se podría permitir que el hijo eliminase a su propio padre proscrito".

## CHIGALEVISMO

Este descubrimiento mío —superior quizá al de Kostiuska Rutkin— sobre la coincidencia espiritual de Lenin con Loyola no tiene mérito alguno. Pues no es la primera vez que se ha hecho ni la última que se hará.

Quizá la primera vez que se ha hecho el acercamiento espiritual de Lenin con Loyola fuese aquella de los mismos orígenes espirituales del bolchevismo: aquella vez del año 1871, en que se cuajó el espíritu bolchevique en las entrañas puras, castizas y sublimes del máximo maximalista de Rusia: Fedor Dostoyewski. O sea cuando Dostoyewski, no sabiendo todavía cómo denominar al bolchevismo, lo denominó "chigalevismo". Tomando este nombre del inventor del chigalevismo, el conspirador Chigalef, gran personaje dostoyewskiano. ¿Sabéis cuál era la famosa teoría del chigalevismo? Pues la siguiente:

"Una sola cosa es buena: la idea del espionaje, según la cual, cada miembro vigila a los demás y tiene el deber de denunciarlo cuando resulte necesario. Todos, esclavos e iguales en su esclavitud... Ante todo hay que descender el nivel de la cultura, de la ciencia y de las dotes naturales. El alto nivel espiritual sólo es accesible a los talentos superiores. Ahora bien: nosotros no necesitamos de los talentos superiores, pues éstos siempre se han levantado con el Poder y conducido al despotismo. Los hombres de talento no pueden por menos de hacerse déspotas y siempre trajeron más daño que provecho. Por eso es bueno alejarlos o ajusticiarlos. Los esclavos deben ser todos iguales. "Sin despotismo no ha habido nunca ni libertad ni igualdad": ¡he ahí en lo que consiste el chigalevismo!"

—¿Es eso todo en lo que consiste el chigalevismo? ¿Qué tiene que ver esto con el loyolismo?—se preguntarán ustedes.

—No—respondo yo—, no. Con ser mucho ya no consiste todo en eso el chigalevismo. Ahora viene lo fundamental del chigalevismo. Sigán escuchando a

Chigalef en busca de la clave fundamental de su teoría: "La obediencia ciega".

"La cultura no es necesaria. Estamos ya hartos de ciencia. Aun sin ciencia existe material para tirar un milenio. Lo que urge crear ante todo es "la obediencia". Sólo de "obedientes" es de lo que escasea el Mundo. Toda sed de cultura lleva en sí ya un impulso aristocrático; añádase esta necesidad a la de tener familia y amor, y en seguida nacerá el ansia de propiedad. Nosotros destruiremos estas ansias fomentando la embriaguez, las murmuraciones, el espionaje, difundiendo lo abominable, asesinando al genio en su propia niñez. Todo deberá reducirse a un común denominador, a la completa igualdad... "Sólo lo indispensable es indispensable. He ahí la nueva consigna para el universo."

Sin embargo, las convulsiones son necesarias. Pero de ellas ya nos preocuparemos los rectores. Porque los esclavos deben tener rectores. Absoluta obediencia: absoluta igualdad. Sólo a intervalos se podrán permitir convulsiones para que dentro de ciertos límites unos se coman a otros y la vida no resulte un aburrimiento. El aburrimiento es una sensación aristocrática.

¡Bajo el chigalevismo no existirán "deseos"! Los deseos y sufrimientos ¡para nosotros! Para los esclavos, ¡el chigalevismo!"

## JESUITISMO DEL GRAN INQUISIDOR

Fué el mismo Dostoyewski quien hizo por vez primera la confrontación rigurosa del "chigalevismo", expuesto en *Los poseídos* (1871) con el "jesuitismo", expuesto en *Los hermanos Karamazov* (1879).

¡Recordáis el alucinante pasaje del Gran Inquisidor en Sevilla frente a Cristo? Si no lo recordáis escuchad. Y después comparadlo al texto de Chigalef que os he ofrecido antes.

"Oh—dice el gran jesuita de España—nosotros los persuadiremos de que ellos no podrán ser libres hasta que no renuncien a su libertad en favor nuestro y se sometan a nosotros... Ya comprenderán; demasiado bien comprenderán lo que significa someterse de una vez para siempre en la vida."

Pero hasta que los hombres no comprendan esto seguirán siendo pobres infelices... Pero creo que aún la grey se

volverá a juntar, se someterá de nuevo, y entonces será ya para siempre...

Nosotros les daremos una felicidad tranquila y humilde, la felicidad de las criaturas débiles, pues eso es lo que son. ¡Oh!, les convenceremos hasta lo último de que no tienen derecho a enorgullecerse. Les obligaremos a trabajar. Y en sus horas libres de trabajo haremos de su vida un juego con cantos, coros, bailes inocentes. ¡Oh!, ¡hasta les perdonaremos sus pecados! ¡Son tan débiles y faltos de fuerzas! Y ellos nos amarán, como aman los niños, por concederles el permiso de pecar. Les prohibiremos y les permitiremos el vivir con sus mujeres o con sus amantes y tener o no hijos. Según que sean obedientes o desobedientes. Y veréis cómo se someten a ello gozosamente. Y todos serán felices, todos, millones de seres. Todos menos cien mil que serán los rectores. Menos nosotros, los que les gobernaremos. Porque sólo nosotros, sólo los que custodiamos el misterio, seremos infelices. Habrá millones y millones de niños felices, y sólo un centenar de miles que seremos mártires. Sí; nosotros, los que tomaremos sobre nosotros la maldición del conocimiento del bien y del mal..."

## OBEDIENCIA CIEGA, DE CADAVER

La confrontación es casi perfecta. Aun cuando la Leyenda del Gran Inquisidor enfoque su reino futuro más que al catolicismo hacia el socialismo, entrambas Leyendas, la de Chigalef y el Gran Inquisidor—ha observado el filósofo ruso Berdaief—, conviden la misma premisa: "que el hombre es incapaz de soportar el peso de su libre albedrío; y que "libertad y felicidad" son incompatibles para la humanidad".

Entre los cuadernos póstumos de Dostoyewski se encontraron confirmaciones de que vió, tanto en el jesuitismo como en el bolchevismo próximo, el mismo "espíritu de liberación por medio del despotismo y el mismo espíritu de felicidad por medio de una Humanidad coaccionada".

"La libertad es un prejuicio burgués"—dijo Lenin a esa juventud chigalevista—. La libertad de conciencia de los singulos, de los individuos, el escoger entre el bien y el mal, son peligrosas para la felicidad de las masas; la única vía para obtener esa felicidad no consiste más que en la "obediencia ciega".



Todas las Ordenes católicas de la Edad Media hicieron de la obediencia puntal de fundamento. San Basilio, fundador del monaquismo oriental, hablaba de poner la vida en mano de los superiores, "como el hacha en manos de un leñador". Los cartujos, "como oveja a la matanza". San Francisco es el que habla de la "obediencia de cuerpo muerto". Y así San Bernardo. Y San Agustín. Y Kempis, el de los "hermanos de la vida en común".

Loyola precisa la ordenanza de la obediencia en la Orden, con la exacta palabra leniniana: la exige: "ciega".

"Sacrificar el intelecto". "Obediencia de cadáver". Lenin... Loyola.

#### MAQUIAVELO Y BAKUNIN O LA SANTIDAD DE LOS FINES

"Al que se le permita el fin también se le permita el medio, que por su carácter natural comporta aquel fin", dice el jesuita Ilshung en su *Arbor Scientiae* (1693).

"Al que se le permita el fin, también el medio", dice el jesuita Busenbaum en 1653.

"En todo caso se puede estar mal dispuesto hacia el prójimo, sin pecar, cuando se va movido por un fin bueno", dice el jesuita Banny en 1653.

"El hurto se permite cuando se reconoce como bueno", dijo el jesuita Casnedi en 1711.

"Aunque una opinión mía sea equivocada puede seguirla cualquiera si está aprobada por el prestigio de un rector", dice el jesuita Guimenius.

De esta moral, ya infartada en el catolicismo, nacería Maquiavelo. De Maquiavelo, andando el tiempo, en Florencia nacería el príncipe, el "Duce" del fascismo.

De esta moral jesuita, transferida al nihilismo ruso, según reiteradas confesiones sobre tal préstamo, hechas por Necaief y otros nihilistas, nacería Bakunin. Bakunin decía: "Puñal, veneno, lazo y otros instrumentos de asesinato pueden, en ciertas circunstancias, ser santificados por la idea revolucionaria".

Esta moral bakuniniana—directamente jesuita—sería confirmada oficialmente por Lenin, al declararse un día el jefe del bolchevismo, a la juventud chigalevista de Rusia: "Para nosotros la moralidad debe estar supeditada en todo y por todo a nuestro fin, al interés de la lucha de clases. Morales son todos los medios que valen para ese fin de destruir la vieja sociedad explotadora". Lenin... Loyola...

#### OTRA HOMOLOGACION TEXTUAL

Loyola, Lenin—ha dicho un nuevo homologador de estas dos magnas figuras, el historiador austriaco René Fulop Miller—"estos dos hombres, el creyente más grande del siglo XVII y el ateo más grande del siglo XX, se han adentrado con férrea resolución en el profundo problema de la naturaleza humana y no se han contentado con un ligero cambio en la superficie, sino que han modelado completamente—según su propio sentir—el entendimiento, las creencias, las nociones y la voluntad de la juventud sobre que han actuado".

Quien eso afirma no realiza nuevamente esta homologación de vidas paralelas, al azar. Quien eso afirma es el estudioso y más claro expositor que hayan tenido hasta hoy quizá las doctrinas jesuitas y las bolcheviques. (Su libro sobre los jesuitas ha sido recién traducido al español (Biblioteca Nueva). Su libro sobre *La faz del bolchevismo* aún no surgió en versión de nuestra lengua).

"Sólo las enseñanzas de Lenin han logrado, como las de Loyola, remover a la Humanidad tan profundamente en Europa, Asia, África y América, igual en

los medios intelectuales que en las capas más bajas de la sociedad y levantar tales masas de partidarios incondicionales y de irreconciliables enemigos."

"Nadie como Ignacio y Lenin ha comprendido el secreto de llevar de la teoría a la práctica esa fuerza sólo capaz de sujetar a millares de seres en todas partes del Mundo a una organización de unidad y exacto fundamento: el secreto de "la obediencia absoluta".

"Hay un abismo ideal entre ellos, sí. Y mediante cuatro siglos. Pero lo que les une—no obstante—es la visión de las profundas raíces de la naturaleza humana, que permanecen inmutables a través de los tiempos; lo que les une es la fuerza honda y potente que alienta en el interior de sus pensamientos."

#### ESPAÑA Y RUSIA

Es un tópico conocido de todos nuestros socializantes y comunizantes el ansia de identificar España con Rusia. Un tópico del que hay que sonreírse a veces, cuando esa identificación se quiere verificar sobre determinados pormenores pintorescos, como ese de comparar el mujik con el campesino andaluz. Entre España y Rusia hay también abismos, como entre Lenin y Loyola. Pero también hay fraternidades tan alucinantes como las existentes entre Loyola y Lenin.

El español—fundamentalmente—es un anárquico, un "yo" hiperestésico, un señorito, un me da la real gana, un "individuo" absoluto. El ruso—fundamentalmente—es un panárquico, un "yo" hipertrofiado, un siervo, un nihilista, un "dividuo". Carne pura del "Hombre-Masa".

Pero hay—sin embargo—algo que a rusos y españoles nos atenaza, liga y hermana fundamentalmente. Y ese, esa incapacidad de sentir "la libertad" como un bien autónomo.

Es esa capacidad de someterse a una disciplina férrea, a una obediencia coaccionada, a una Inquisición. A una Checa. Es esa incapacidad de entender la vida al modo occidental, europeo. Es esa capacidad de ver un enemigo en toda "doctrina de libertad de conciencia".

También en Rusia existieron los "occidentales" y los "castizos o nacionales". Estos últimos se llamaban los "Narodniks". Y lucharon en guerra civil e ideal con los europeizantes. Sólo el genio aglutinador de Lenin halló su fórmula radical de paz. Como la encontró Loyola en España para los reformistas y contrarreformistas con su solución genial "del libre albedrío católico". De "la libertad en la sumisión".

También los españoles supieron de sistemas comunistas antes de Stalin. Mucho más perfectos sus sistemas que los de cualquier república actual de la U.R.S.S.

¿Recordáis la República Comunista del Paraguay fundada y regida por nuestros castizos padres jesuitas? Duró centenarios. Y fué perfecta. Para los rectores, todos los sufrimientos. Para los débiles indios, todos los goces de la libertad en la sumisión. Dostoyewski si conoció, sin duda, esa República jesuita del Paraguay, esa admirable república chigalevista, que habría un día de arruinarse para siempre por la Europa constitucionalista, pedante, cruel y liberal.

También en Rusia existió un Carlos II, déspotas ilustrados que hicieron llorar a sus súbditos por lavarles la cara.

Lenin considera a Pedro el Grande como su gran antecesor, como "el primer revolucionario desde arriba". Una especie de su Antonio Maura, el gran jesuita. También en Rusia Lenin comprendió que para salvar al pueblo había que

saltar sobre la burguesía y sobre la "intelligentsia", aliarse con los feudales y los campesinos, hacer una política "rural-nacional".

Cuando nuestros mencheviques actuales (burguesía, intelligentsia) reprochan a nuestros castizos y admirables anarcosindicalistas, a los nuevos interpretadores españoles del "libre albedrío en la sumisión al sindicato"—que no deben ser discolos ahora que "gozan" de la libertad teórica y les echan en cara el no haber reaccionado bajo la tiranía de seis años—no se dan cuenta—nuestros pobres mencheviques—de que al anarcosindicalista "le duele la libertad teórica; se asfixia de angustia".

¡Podres campesinos andaluces, pobres pistoleros aragoneses! ¡Qué falta de amor y piedad hacia sus destinos de débiles criaturas, infantiles y buenas como niños!

Yo iría a la guerra no por convicción—venía a decir una vez Pío Baroja—, sino por imposición de alguien más fuerte que yo.

Esa es nuestra moral ruso-española. Anarcosindical. Libre albedrío católico.

Ese es nuestro místico emparejamiento con los países de Maquiavelo, de Bakunin. De católicos y de bolcheviques.

Esa es nuestra barrera infranqueable contra la "autodeterminación" luterana, europea, "moderna, liberal".

Ese es el lazo de hierro que une a nuestro Loyola con vuestro Lenin. A nuestra España—queridos españoles—con vuestra Rusia, amigos rusos.



El éxito del día histórico

Julio César escribió en sus viajes alpinos amenas divagaciones gramaticales.

Alejandro—de no haber muerto tan joven—hubiera escrito sus Memorias.

Hernán Cortés fué un gran periodista en sus famosas "Cartas de Méjico".

Napoleón no desdeñó ni mucho menos veleidades con la literatura.

De Felipe II se conservan unos versos.

Mussolini se ha revelado como un aceptable dramaturgo.

Lenin fué un gran ensayista de tesis sociales.

Pero ninguno de esos jefes de Estado tuvo el éxito que en Cataluña ha alcanzado en estos días "La Corona", de nuestro presidente del Gobierno, don Manuel Azaña.

#### Bibesco

¿Conocéis al príncipe Bibesco? ¿Al ministro de Rumania en Madrid? ¿No? Yo sí. No le conozco tanto para hacer de él un elogio cumplido. Sí le conozco lo bastante para otorgarle mi admiración. Bibesco es de esa estirpe de los Bibesco donde, hombre o mujer, príncipes o princesas, todos salen con esa vena literaria, mundana, poética, volandera e internacional. Bibesco es el príncipe que sabe disimular su principado y sus principios en los libros. El príncipe que aprendió todo en la vida, y tiene la veleidad de contárselo a los libros: al teatro, que es el libro más vital de la literatura. Acabo de leer su última comedia, *El heredero*, publicada por las ediciones *Bravo*, de París. Conocía ya *La cual?*, otra comedia suya. Bibesco es el rumano que sabe de la comedia y de París lo que saben los más castizos rumanos: la ale-

gría pícaro de lo que es vivir con principios, con medios y con fines. Sabe de esa amoralidad aristocrática, que de pura aristocrática y amoral resulta moralista y digna. Sangre fina, tinta fina, corra por la literatura bibesquiana. En estos tiempos donde los más pobres escritores se creen príncipes, ¡qué placer encontrar un príncipe que aspira, honestamente, a simple y máximo grado de escritor!

#### "La Oca"

El éxito teatral en Madrid de final de año ha sido *La Oca*, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.

*La Oca* es el paradigma de la Libre Asociación de Obreros Cansados y Aburridos en un pueblecito andaluz.

*La Oca*, además de eso, es la solución del problema agrario en Andalucía, sin contar con el Parlamento.

Como toda solución definitiva y humana de un problema agudo y nacional, *La Oca* mereció el aplauso de los circunstantes.

Toda la obra respira sencillez, salud moral, buen sentido de clase. Muñoz Seca ha obtenido un gran triunfo merecido. Yo admiro a Muñoz Seca, aunque no comparto su sentido estrictamente clasista. Le admiro como realizador de teatro español. Y le admiro, sobre todo, cuando se deja ir a un fondo más fondo de lo español: al del "individualismo integral", como él lo llama, al "pícarismo cómicotrágico del español", al vividor castizo y eterno de España, nacido para no trabajar a fuerza de pasar trabajos.

El fondo de *La Oca* es en el fondo el mismo fondo: el gran desprecio de nuestros trabajadores hacia toda República de trabajadores.

#### Las dos "Gacetas" o el premio de Cipriano

¡Vaya un revuelo que se ha armado con el ya famoso Premio Nacional de Literatura concedido a Cipriano de Rivas Cherif, a *Cipri*, como le llaman sus premiadores y amigos, Canedo, Salinas y Almagro!

En este Madrid hiperbólico ya se han dicho las mayores atrocidades sobre ese bendito Premio de seis mil pesetejas. Hay quien afirma que desde el *affaire* Caoba, en tiempos de Primo, no sucedía cosa igual. Hay otros que no culpan al favorecido, sino a los favorecedores: e inscriben con letras rojas los nombres de Canedo, Salinas y Almagro, para unirlos al expediente de aquel rector Esperabé que doctoró a Primo *honoris causa*, un día, en la atónita Salamanca.

Yo creo que la cosa no es para tanto, y que merece dejarse reducida a sus justas proporciones. Sin apasionamientos de ninguna clase.

Cipriano se merecía eso y mucho más. Si de mí hubiese dependido yo hubiese entregado el gordo nonnato de los quince millones a Cipri para que, en aras de su entusiasmo y afición por el teatro español, hiciese teatro español alguna vez con sobrados medios materiales, si de los medios materiales dependiese hacer español a nuestro teatro. Claro es que hubiese, prudentemente, esperado a que Azaña, cuñado de Cipri, no estuviese en la *Gaceta de Madrid*. Sino escribiendo en la otra GACETA, en la que llevan seis años escribiendo todos los escritores nacionales no premiados: en esta GACETA LITERARIA, de Madrid. Tan pura como inocente. Tan desinteresada.

Yo lamento sinceramente ese desliz de mis queridos amigos Cipriano, Canedo, Salinas y Almagro. Porque los quiero y admiro. Pero, sobre todo, lo lamento en nombre de la República y de sus gobernantes actuales.

Uno de estos escándalos, aunque sea de seis mil modestas pesetejas, hace, moralmente, más daño a un régimen ante el pueblo, que seis mil cañonazos de su peor enemigo.



# El fascismo y España

Debemos poner un poco en claro eso de fascismo en España, antes de seguir adelante.

No deseamos otra cosa, amigo Robinson.

Bien, bien. Empecemos por una preta primordial y peligrosa: ¿Ustedes en que yo soy fascista, el primer fascista de España?

—Hombre! Todo el mundo lo dice. No se fíen ustedes nunca de lo que dice todo el mundo. También todo el mundo ha creído en un tiempo sobre la existencia de fantasmas y de brujas; todo el mundo de Madrid creyó una vez en la existencia de una casa de Tócame Roque.

—Entonces usted no es el primer fascista de España?

—Mi modestia se ofendería. Yo soy el mer Don Nadie. Es la única jefatura acepto. La más española y castiza, de nuestro místico nihilismo nacional: jefe de Nada, el primer Don Nadie.

—¿En cuanto al fascismo, todo lo más reconozco como el último de todos susponentes en España.

—¿El último de todos?

—Sí. La mejor prueba de ello es que he ahogado, como se ahoga siempre el último, al pasar el río.

—Nos deja usted muy sorprendidos esas humildes confesiones. Entonces, erido Robinson, si usted es el último, ahogado, ¿cuáles son los primeros? ¿El doctor Albiñana, por ejemplo?

—¿Albiñana? ¿Pero creen ustedes que doctor Albiñana tiene algo que ver con fascismo en España? El doctor Albiñana es un vestigio de aquello que se fué ra siempre en la Historia: la Unión triótica, la España del siglo XIX, la acción a la romántica. Albiñana es un rdadero romántico, que vivió siempre sionado con estar en la cárcel y escribiendo desde ella cartas a los periódicos. Albiñana es, entre los monárquicos, como uellos republicanos viejos que sufrieron persecución por la República, hasta e llegó a la República, hasta que los uniantes les aseguraron cordialmente e se alegraban mucho de verlos, por uenos y sin persecución, tranquilos en sus casas. ¡Simpático romántico!

—Tal vez haya algo de eso. No se nos bía ocurrido. Cítenos entonces, concretamente, cuáles son los primeros fascistas de España.

—Odio el sistema delator. Me repugna señalar con el dedo. Nada de nombres rotundos. ¿No sería más sistemático fecundo analizar lo que sea el fascismo? Ustedes inducirían y deducirían luego, y mi responsabilidad quedaría noblemente a salvo.

—Bueno. No queremos comprometer frente al director de Seguridad, que siempre lee estas cosas.

—Ya lo creo. Como que al director de Seguridad le interesa el fascismo mucho más quizá que a ustedes y que a mí.

—¿Acaso es uno de los primeros fascistas?

—No, no; nada de bromas con el adirado Galarza (1), a que nvala la pena e tomar profundamente en serio, con su rogante juventud, su espléndida amición y esas sus cohortes de asalto, que avidiaria Hitler; esos guardias ya íabosos por su manganillo, la mejor de nsa que ha tenido hasta ahora el orden úblico de la nueva España.

—Defina usted—ya—, caro Robinson, o que el fascismo sea. Ansiamos conocer de una vez para siempre sus fundamentos.

—Pues bien: el primer fundamento del fascismo, su esencia social, es la conservación de la clase burguesa frente a la tabla rasa que de ella hizo el comunismo ruso.

—Eso ya lo sabíamos.

—Pero lo que no sabían ustedes es que el fascismo realizó esta conservación de la burguesía "frente y contra la misma burguesía". Por eso se le sometió gran parte de la clase contraria, la proletaria.

—¿Y cómo realizó tal paradoja?

—Superponiendo un mito por encima de ambas clases históricamente hostiles. El mito del Estado, el mito de lo Nacional. Para ello eligió como instrumento mágico el llamado sistema Corporativo. Un *Burgués* y un *Obrero*, y por encima de ellos, un *Representante arbitral del Estado*.

—¿Eso que llaman aquí Comités paritarios? ¿Eso que constituye el pernio sobre que gira nuestro ministerio de Trabajo?

—Exactamente.

—Pero aquí van muy mal los Comités paritarios.

—Van mal porque el representante arbitral, el Estado, debe tener siempre más fuerza que los componentes, y esa fuerza la perdió con aquellos malos jaleos de Berenguer, Romanones y el Gobierno provisional. Pero mejorarán, mejorarán. Ya saben ustedes el último grito de moda.

—¿Cuál? ¿Ese de "Muera la libertad y viva la República"?

—Justamente. Es la variante española que se da al principio leniniano que informó el fascismo: *donde hay libertad no hay Estado*. La supresión de la libertad es el otro gran hallazgo que el fascismo encontró contra la liberal burguesía, para salvarla de la muerte.

—Pero nuestra burguesía republicana no es fascista.

—Por lo pronto, es burguesía. Y una burguesía ya superior en sacrificios a la italiana, a la alemana, a la francesa, a la inglesa, a todas aquellas burguesías donde la palabra *fascismo* no va constituyendo ya un pecado vergonzante. La burguesía italiana no llegó siquiera a tolerar que le demolieran el Rey, la Aristocracia, la Iglesia y el Ejército. Dejó la cosa en el puro ambiente patronal y obrero, en el ambiente del Trabajo. En cambio, la mezquina burguesía española se vió obligada a tirar por la borda todos los valores tradicionales del país para salvar los valores más recientes, los adquiridos en los trapicheos de la Gran Guerra: unas pocas pesetejas, unos cuantos negocijos y unos asuntos.

—¿Nosotros no admitimos que burguesía y fascismo sean sinónimos?

—Tampoco lo admite nuestra hipócrita burguesía triunfante. Pero da la casualidad que lo admiten nuestros sineros proletarios vencidos. ¿Ustedes leen nuestra Prensa proletaria? ¿Saben cómo denominan desde el 14 de abril a nuestra querida República? Pues *socialfascista*.

—Exageraciones y despechos de esos pobres diablitos de comunistas españoles.

—Nada de exageraciones ni despechos. Los comunistas españoles, como todos los comunistas mundiales, saben que la vida histórica de hoy se divide en dos bandos, o en dos banderas, como diría San Ignacio: la bandera de Cristo y la del Anticristo. Bandera negra o bandera roja. Fascismo o comunismo. Todas las demás banderas son... variantes sobre uno de esos colores básicos: matices, irisaciones.

—¿Y no hay modo de superar esas dos banderas terribles, esa polarización histórica?

—Hay ilusiones de superación en lo

político. Ilusiones de rebotica. Inveniones de alcaloides. Pero nada más.

Ya ve en Inglaterra: allí el fascismo se ha formado como en Italia, sólo que "por modos" ingleses. Nada de *marchas sobre Londres* ni aparatos mediterráneos.

¿Qué hacía falta para el fascismo inglés? ¿Un socialista que, en momento oportuno, trabase sus fuerzas con las burguesas, en sistema corporativo? Pues Macdonald. Sin que las pelucas ni los calzones tradicionales se estremecieran un pelo ni un punto.

Ya ve Alemania: ¿qué hace falta para que Hitler triunfe cada día? Pues que sus falanges socialistas se alien a "lo nacional". *Obrero + Burgués*. Y *Deutschland über Alles*.

—¿Y en España?

—El otro día un ministro lo declaró bien alto: "El socialismo es la única y verdadera fuerza conservadora de España."

—¿Lo saben los conservadores?

—Los conservadores de la República, sí. ¿Qué otra cosa fué desde el primer momento la conjunción republicanosocialista? Lo que pasa es que la tímida burguesía en España se ha dejado ganar en exceso la mano, la mano izquierdista. A corregir ese exceso tenderán los "nuevos partidos conservadores de la República".

—¿Y cómo lo corregirán?

—Es sencillo. Ignoro al escribir estas líneas lo que dirá D. José Ortega y Gasset en su "Rectificación de la República". Pero ya verán como su discurso tenderá a afianzar "la seguridad de lo estatal" a base del mito nacionalista. La República de los Trabajadores había descuidado mucho el *sentimentalismo*—la inalienable cualidad burguesa—. El *tono*. Apenas las cosas cambien musicalmente de *tono*, al son de un arpa, ya verán ustedes como sucede lo mismo que en Jericó. El *Capital* se acercará de nuevo al Trabajo. El edificio guerra volverá a estar en forma (1).

—¿Y ese *tono* cree usted—melódico Robinson—que se conseguirá por las buenas o por las malas?

—Siempre por las buenas. Es la táctica tradicional de España. Su estilo.

—¿El estilo jesuita?

—Exactamente. Sí. El estilo jesuita de España. Suavidad, tenacidad, retórica, disfraces. Nada de belicismos. Nada de "a cuatro, derecha". Nadie nos ataca en serio para tomar en serio el fusil. Ni naciones vecinas, ni ejércitos de obreros. Nuestros comunistas son unos buenos chicos, liberales y rousseaunianos, convencidos de que en España, lo mejor siempre es *laissez-aller*, *laissez-passer*.

—Pero, volvemos a insistir: ¿ninguno de esos posibles conservadores quieren nada con Roma, ni con Mussolini, ni con sus instituciones? Las odian, las detestan, las combaten.

—Ciertamente. Con la boca. Pero ¿y con las manos? Ya ve: la organización estudiantil española toma caracteres cada vez más fascistas, como yo le predije a Sbert. Disciplina, Jerarquía. Funciones nacionales. Y el mosquete, si alguna vez precisa.

Hasta pormenores como ese Carro de La Barraca, del "avanguardista" Lorquita, no es otra cosa que el *Carro de Tesis* fascista, de pueblo en pueblo.

Lo mismo el "cine". Las primeras películas culturales adquiridas por nuestra Instrucción pública son de la *Luce*, de Roma. Lo mismo la Iglesia... Ya verán en lo que queda eso de la Iglesia. En un Pacto de Letrán español. Les citaría infinitas muestras más de esta calcografía nacional. España cree seguir a Moscú. Pero instintivamente sigue una vez más a Roma. Como en otros tiempos. Se peleaba por Jerusalén, pero se servía a Roma.

—Pero aquí se cree servir a los principios de la Revolución francesa: Libertad, Igualdad, Fraternidad...

—Esos principios no los sirve ya ni Francia misma.

—¿Y los de Moscú? ¿Quién los sirve?

—Ni Moscú mismo. Rusia va teniendo cada vez menos que ver con la Rusia evangélica y bolchevique de un Dos-toieski. Rusia se acerca también al fascismo, desde Lenin.

—A usted le gusta jugar con las frases y las ideas, amigo Robinson.

—Jugar siempre es un peligro; es la mayor seriedad del niño y del inocente. Por eso se degolló a todo inocente en cuanto nació un Cristo, una Verdad auténtica.

—Entonces, para usted, ¿el fascismo lo es todo?

—No; el fascismo, para mí, no es casi nada. Todo lo más, una dimensión política. El fascismo no es más que un empujar, los orígenes de un movimiento aún oscuro, y que no se llamará *fascista* en el porvenir. Algo que está—desde luego—por encima del mismo Mussolini. Mussolini fué un marxista que quiso hacer un nacionalismo italiano. Que consideró el fascismo como una mercancía imposible de exportar fuera de Italia. Pero el genio eterno de Roma avanzó su mano, aplastó a Mussolini, y hoy Mussolini mismo lucha nuevamente al servicio de una universalidad. Mussolini ya no tiene importancia fundamental para Roma. Le pueden asesinar cuando gusten. Mussolini es un César que huele aún demasiado a "materialismo histórico", a lucha de clases, a marxismo. Le falta santidad. Le faltan alientos para crear una nueva religión, un nuevo orden espiritual del mundo.

—Entonces, ¿por qué existe el fascismo con carácter cada vez más internacional?

—Porque el fascismo es un premonio de eso que también quiere conseguir por otro lado el comunismo, y por otro la Sociedad de las Naciones: una solidaridad humana.

El comunismo sólo admite la solidaridad del pan, de lo económico. La Sociedad de las Naciones admite sólo la Aduana y la Paz, otras variantes burguesas y económicas. Sólo el fascismo ha intentado señalar primacías nuevamente espirituales. De ahí su éxito, hasta en los mismos antifascistas, como son los nuevos republicanos españoles. El Nacionalismo, la Jerarquía, la Autoridad, etcétera, son valores que la nueva España postula cada vez más ardientemente.

—Entonces, ¿es posible la superación del fascismo?

—Sí; pero no en su dimensión política, sino en otra más honda. Resolviendo el único problema que nadie ha vuelto a tocar desde siglos en la vida del hombre: el problema de lo Trascendente. La salvación individual. Pero no en el Estado, como quiere Mussolini. No en la Nación, como quieren los franceses. No en la Raza, como quieren los alemanes. No en el Imperio, como quieren los ingleses. No en el Proletariado, como quieren los rusos. No en las delicias del siglo XVIII, como quieren los del Servicio a la República, en España...

—Pues ¿en qué, amigo y descontentadizo Robinson?

—¿En qué? Ya se lo he dicho: en lo Trascendente.

—¿Y qué es lo Trascendente?

—Antes se llamaba con una sola palabra: Dios. Ahora no sé cómo denominarlo. Si lo supiera, habría salvado de nuevo al mundo.

Lo que sí sé decirle es que España sólo se movilizó genialmente en la Historia cuando vió en peligro lo Trascendente. Fué cuando produjo sus únicos Santos nacionales y ecuménicos.

—¿Se refiere usted a la Contrarreforma?

—Sí. Me refiero a San Ignacio, a Santa

(1) Al publicarse este Robinson ya no es director de Seguridad el señor Galarza. Pero spongo que seguirá siendo fascista. Más da vez.

(\*) Efectivamente, confirmó su discurso mi suposición. Léase mi comentario a su discurso en este mismo número.



Teresa, a San Juan de la Cruz y a otros santos menos populares...

—¿Y qué se necesita para esa nueva santidad de España?

—Lo que entonces. Voluntad. Fusión de la voluntad individual en la voluntad total de lo Trascendente. Ni más ni menos ni menos ni más. No se necesitan fascios, ni planes quinquenales, ni progreso maquinístico; nada más que el motor indiviso de la voluntad.

—Algo de eso significa el espiritualismo voluntarista de Unamuno.

—Lo sé. Y lo van sabiendo cada vez más las gentes de España. Unamuno se preocupa de la Muerte. He ahí el camino de lo Trascendente en la vida: la Muerte.

—Todo eso está muy bien. Pero no negará, querido Robinson, que usted trajo a Malaparte en España.

—Ante todo, Malaparte defendía a Loyola y a Unamuno. En cuanto a lo de-

más..., ya ve: hoy le traducen ya en España las editoriales socialistas.

—¿Y no negará que usted admiró a Mussolini?

—¿Lo he negado alguna vez? Precisamente por ignorar el juego, por ignorar el estilo que aquí se usa, no se me ocurrió negarlo. Por creer infantilmente en la sinceridad y en la pureza honrada de las cosas. ¡Si yo hubiere sido jesuita, solapado fascista republicano! A estas horas la República me tendría en su Embajada de Roma.

Pero fui un pobre, inocente mono. Me quedé el último—jugando a la Verdad—, y me ahogué. Mis voces son de fantasmas. Hablo desde la ultratumba.

—¡Huy, qué miedo, qué miedo!

—¡Sí! ¡Soy un fantasma! ¡Corran, corran! ¡Soy un fantasma, y por eso les asusta lo que digo! ¡Bu! ¡Bu! ¡Bu! ¡Bu!



## ARQUITECTURA



### Posibilidad de una arquitectura nuestra.

El amigo y joven arquitecto Aizpurua—autor ya de tantas paredes bonitas en España—me dice desde San Sebastián lo siguiente (y me lo dice en un precioso papel de cartas, muy germánico, con la signatura *gatepac* entrelazada a una G. N., que deben ser las iniciales de su firma vascoletona):

“Como es natural, sigo leyendo tus Robinsonianas y me divierten mucho por lo francas que son; me parece que con la arquitectura nueva no eres sincero, estoy hablando de la arquitectura verdad, pues como sabes, la moderna se presenta bajo múltiples facetas para engañar a la burguesía; la verdadera es socializante, mejor dicho, ingenieril, y, por lo tanto, no jesuítica en el sentido que creo la llamas tú; ahora que yo creo que San Ignacio la firmaría y la adaptaría para sus iglesias, la arquitectura verdad, la pura, es fría para los sentidos, pero muy cálida para el alma. Conforme con todo lo referente a la decoración con cobre, níquel, muebles metálicos, pero esto no contradice a lo otro, pues como sabes bien, la arquitectura funcional es antidecorativa. Te estoy dando la lata y mi objeto era otro...”

No, no me das la lata, querido Aizpurua. Y de todos los objetos epistolares sólo quiero responderte a ése de la arquitectura.

No ignoro que mi denominación de “estilo jesuista” a muchas formas de nuestro arte nuevo ha causado cierta estupefacción y protesta.

Tu misma carta me obliga a explicarme. Yo creo que la arquitectura en España no ha acertado aún con su exacto derrotero.

Para mí no existe una arquitectura racional y uniforme, sino una arquitectura natural y diversa: apta para cada país. La función de la arquitectura no está sólo en el hombre, sino también en el paisaje que rodea al hombre. Hombre mas intemperie: esas son las dos determinantes de toda arquitectura.

Lo cual quiere decir que así como nuestros hombres españoles no son como los hombres de Stuttgart, lo mismo nuestro paisaje climatérico no es como el de Amsterdam.

Ahora bien: vosotros los arquitectos de España, desde tiempo bastante inmemorial, habéis atendido más a una arquitectura *culta*, exterrigena, preformada en escuelas genéricas—casi siempre extranjeras—que a una arquitectura española, nuestra y natural. Cualquier cosa podrá no ser autóctona ni nacional salvo la arquitectura.

Los arquitectos sois los sastres de nuestra vida. Los que debéis vestir nuestro vivir diario. Y acomodarlo a las exigencias más delicadas del medio ambiente. Yo afirmo y sostengo que la arquitectura racionalista que desde unos años se pretende introducir en España es antiespañola y antinatural, porque el español no es racionalista, y tiene el alma puesta en los sentidos, y no los sentidos en el alma.

Para mí no han existido en España más que dos tipos de arquitectura nacionales: uno el tipo sobrio, a la oriental. Ese arquetipo cúbico—mediterráneo, marroquí, negroide—que ha valido a los racionalistas europeos para idear sus *novedades*. Y el otro tipo español que me gusta es ése que aparece en toda época barroca nuestra. Me gustan las filigranías del mudéjar, me gusta el flamigerismo del plateresco, me entusiasma la cairelería del churriguerismo.

Sobre un fondo sobrio, la fantasía barroca: esa es España. Y a ese estilo he llamado yo “jesuista”, pensando que el jesuitismo encarnó genialmente nuestra tendencia ingénita a buscar el alma por los sentidos. El arte de la Alhambra, con ser musulme, es para mí jesuista. El arte manuelino, portugués, también es jesuista. El arte colonial de nuestra América jesuista es también.

El arquitecto joven de España que acierte a hallar una nueva fórmula donde armonice la sequedad y sobriedad de nuestro paisaje y de nuestro hombre interior—con la voluntad barroca que todo español lleva dentro—habrá de nuevo salvado genialmente nuestra arquitectura, sin mendigar nada en Stuttgart.

A nosotros se nos han de hacer unas casas donde no tengamos frío en enero y entre el sol. Donde no haga calor en agosto y no entre el sol. Unas iglesias que no nos dejen el alma luterana. Unas tiendas de pasteles donde no creamos comernos un cubilete de dados. Etc.

La misión del arquitecto es complejísima y delicada. Pues debe ser un *sana-*

*dor de cuerpos, un cura de almas y un salvapaisajes.*

Un arquitecto debía estudiar ciencias naturales, psiquiatría, meteorología, pintura impresionista al gran aire libre, y seguir atentamente las sapientísimas lecciones de las construcciones rurales de su país, de los esfuerzos del hombre natural con su medio natural. (Mercadal estudia nuestra arquitectura popular. Y le han dado un premio. Pero Mercadal vive sobre todo de explotar el germanismo, de predicar el tipo “europeo”, “moderno”, “racional” de la arquitectura para España. Crimen de lesa patria natural.)

Ya ves, querido Aizpurua, que no me has dado la lata. Sino que, nuevamente, te la he dado yo a ti.

### Aclaración sin importancia

Me dicen que en el periódico *La Tierra*, el pintor Mateos, agradecido al recuerdo cordial y sincero que le dediqué en mi conferencia de San Sebastián, ha publicado una carta delatándose cómo no se qué, como capitalista (!), de aquel periódico de Ledesma Ramos, *La conquista del Estado*. Ya me imaginaba yo que Mateos no era un pintor ante todo. Sino un individuo raro, raro.

No puedo contestar a las perrerías que me diga porque no las he leído, ya que *La Tierra* sólo la leen y la escriben los individuos raros como Mateos, el pintor. De esos que saben de *La Tierra* porque han estado en todos los campos. El sindicalista Mateos no se recata ahora de plantar su cocido en la tierra de *Informaciones*. Como antes en aquella *Conquista* de Ledesma, que así como a mí sólo me dió disgustos y ocho duros por artículo (por los cuatro que escribí), a él le dió prospectos que repartir, un viaje a Barcelona... Y... Pero qué, ¿va uno también a ser delator? No, Mateos. Limpiarse es higiénico. Escupir es cochinitismo. Y yo no quiero mancharle, como me ha manchado usted a mí.



## Ballarinas, Bailes

Luisita Esteso

España sigue pariendo bailarinas con mucha más genialidad que socialistas. ¡Qué bien le sale a España echar al mundo una Argentina, una Laura de San Telmo, una Custodia Romero, una Lolita Astolfi, una Luisita Esteso! ¡Qué mal le sale a España malparir un Prieto, un Remigio Cabello, un Trifón Gómez...!

Me he descubierto hace poco a Luisita Esteso. Y si alguno de ustedes no la conoce, permítame que se la señale.

Habituado al temple romano y antiguo de nuestras más geniales danzaderas, pegué un salto en mi asiento cuando al segundo cuplé se me reveló la chica de Luis Esteso.

Yo conocía bastante a Luis Esteso. Tuve el honor de prologar uno de sus

libros. Y él también creo que se honrado. Yo le admiraba mucho.

publiqué públicamente, siempre que día. Aquella alegría suya tan tris amarga, y aquella amargura suya irónica y carcajeante, me impresionaron como impresionan los secretos auténticos de una raza y un pueblo. ¡Aquella gría de Esteso si que estaba organizada! Querido Ortega! Por un sedimento de siglos.

También conocí a la Cibeles, la madre de Esteso. Gruesa y simpática, se candelosamente en plena escena de chunga de su marido. A veces, entrados, aparecía bailando una chavilla Esteso presentaba como Luisita.

Hoy Luisita es casi una Luisiana. rica posesión codiciable.

Luisita ha salido al pijotero de su dre. Y a la buenaza de la Cibeles. con genio propio. Es decir, con genio Madrid. Con una de las interpretaciones más puras y originales que he visto genio de Madrid.

Luisita Esteso es la criada de los mingos madrileños. Y es la corsetera es el soldado de la Plaza Mayor. Y es chica de los recados que sale respondiendo. Y su voz es insolente, desagradable y joleramente atrayente. Luisita Esteso vive las mejores horas de sol, de gr de guarrama, de café con leche, barquillos, de helado rico y de verb de Madrid.

¡Gozad Madrid en la Luisita Estisidros de Madrid! ¡Visita la Luis Esteso mucho antes que el Museo Prado, y que el Prado, y que la mis Cibeles de Recoletos!

De Madrid al cielo, sí. Pero con Luisita Esteso como guardia de la po para acompañaros con toda digni municipal y angélica.

### Bailes pútridos de ma

Madrid ha conocido un extraño espectáculo que ha revelado al Madrid actual en dos de sus estratos de barbarie. Es que tiene Madrid todavía de pueblo atáguamente bárbaro. Y en lo que tiene Madrid de pueblo bárbaro a la moderna. En lo que tiene de pueblo circo y en lo que tiene de pueblo socialista.

Me refiero al espectáculo del “El han bailado 800 horas”. A ese Circo Price, convertido en circo romano y palestra de carnes tumefactas. Siento decir que no suponía yo plebeyo, tan plebeyo a mi pueblo.

recordaba aguafuertes taurinos de melodramas de procesión con diplinantes. ¡Qué olor a sudores, tabac pies, vulgaridades, ojos rotos de sue cuerpos exangües y música de metal!

¡Qué bien se encanallaba uno en espectáculo!

Más aún que con la corrida de tor donde el aire azul y libre de España abierta, corrige todo intento de alcan llado asfixiante.

¡Espectáculo nórdico, boxeante, h métrico, de masas puestas a hervir sudor de axilas!

El empresario ha hecho un negocio dondo. Pan y circo. El circo estaba lle de gentes que comían y chillaban.

Magnífica visión de un pueblo en d cadencia, a punto de quedarse sin com ni reír—mientras que los bárbaros, q ni comen ni rien, acechan parados la calle.

En el Parlamento los gansos capit linos ceban su hígado bailando tambi innumerables horas, mientras los bá baros llegan.

El Robinson Literario de España

EQUIVALE A UN LIBRO

Léalo tranquilamente, lector

Consérvelo, lector.



# La feria de los discursos



La feria de los discursos.

El español deambula hoy por la política como Charlot por la feria.

España: pura verbena en estos momentos. ¡Qué ruido ensordecedor! ¡Cuánto humo! ¡Cuántas voces y campanadas! ¡Cuánta y cuánta barraca—solicitándonos con sus esquilonas, clones, platillos y fox-trottes, a soltar nuestra cotización y nuestro paso a los antros!

¡Si al menos tuvieran gracia y salud los fenómenos! Pero los fenómenos de toda feria son gentes cansadas, llenas de arrugas y sin fe en su propio arte. Sólo las mentalidades infantiles del soldado y de la cocinera, sólo el alma de los niños, sólo los espíritus santos de Charlot—encuentran novedad y frescura y diversión de la vida en esas viejas barracas, en esos consabidos discursos, siempre diferentes, pero siempre iguales. ¡Ah, feria parlamentaria de España!

Yo pertenezco al espíritu charlotesco. Me gusta entrar en todas las barracas. Me gusta leer todos los discursos. Me gusta gastarme todas mis perras gordas. Me gusta oír a un Lerroux porque me convence en el acto. Me gusta oír a un Angel Pestana, porque me convence con la misma facilidad que Lerroux. Me gusta oír a un Gil Robles, porque me hace correr a estrecharle la mano. Me gusta oír a Ortega y Gasset, porque me hace volar a inscribirme en el partido de Maura. Me gusta oír a Maurín (no al maurista, sino al comunista), porque doy instantáneamente mi billete al bloque obrero. Me entusiasma escuchar a Indalecio Prieto, porque sus argumentaciones no me dejan lugar a dudas sobre el socialismo. Me encanta leer a Albiñana, porque sus aseveraciones me parecen irrefutables. Me deleita sentir a Melquiades Álvarez, porque no tengo nada que oponerle. Si habla Maciá, me seduce. Si habla Cambó, también. Me gusta, me encanta, me entusiasma, me deleita, me convence, me enajena—oír a todos los oradores de nuestra feria. Para todos tengo mis diez céntimos y mi aplauso. Mi alegría, mi risa infantil y mi adhesión.

Lo que a mí me pasa les sucede a todos los españoles. Todos los españoles son tan sencillos, inocentes, simpáticos, tan palomitos y corderuelos como yo.

Ninguno estamos en el secreto de la feria. Oímos campanas, no sabemos dónde, y entramos y pagamos. Y nos divertimos, ¿por qué no? Al final sabemos que la vida empieza justamente donde termina la feria. Que la vida nacional comienza donde acaba la verbena parlamentaria. Pero ¿y el lujo humilde de costearnos una verbena, nosotros que tan negramente vamos viendo la vida? La verbena es la imagería alegre y falsa de nuestra vida. El hombre de aquella barraca nos dice que levanta cien kilos. Y nos lo creemos, aunque los cien kilos sean cien gramos de cartón. Aquel otro no hace entrever que es Napoleón y le siguen miles de hombres. Aun cuando no le siga ni su sombra.

Aquel otro nos sugiere comiéndose un cabrito con cuernos y todo. Y nos lo creemos, hasta que se descubre el truco de que el cabrito que se comía era uno del público; ¡ja, ja, ja, ja!

El español deambula hoy por la política como Charlot por la feria. Puede entrar en todas las barracas. En siendo republicano, puede llamarse como quiera. Comunista, nacionalista, conservador, liberal, progresista. Y cambiarse las etiquetas, según le vaya conviniendo, como papeletas de tómbola.

Y decía Ortega que en España no estaba organizada la alegría!

La alegría, tal vez no. La *juerga*—que es sinónimo de *huelga*—sí. ¡Ayayay!

La *juerga*: la famosa alegría nacional, hecha a base de amarguras y ganas de olvidar penitas. Con coplas a base de muertecitos y madrecitas mías. ¡Tolón, tolín, tolón! ¡Señores! ¿Quién sube al carrusel? ¿Quién monta en ese tío vivo!

## La barraca de la Nada y del Todo.

A veces—cuando más alegres vamos cabalgando sobre un cerdito, gira que te gira el órgano de la alegre rueda—nos asalta una vaga angustia, una nostalgia casi sin sentido. Nostalgia que acallamos de un trago de ojen con churros.

Pero mientras tiramos al blanco y sale el camarero con la cerveza—esa nostalgia vuelve a invadirnos cada vez más precisa y punzante.

Hasta que al fin la cuestión oscura

se formula claramente en nuestras entrañas. La gran quimera: embriagarnos de otro modo, matar el gusanillo de una manera más digna. Salir de la verbena. Quemar las navicelas de la verbena. Y emprender algo que no sea precisamente una juerga, y que sin embargo nos arranque nuestro yo. Una nostalgia infinita de seriedad, de abnegación, de entrega de nosotros mismos, a algo superior a nosotros. Una nostalgia de aquellos tiempos y de aquellas gentes en que se caminaba todos juntos bajo un único discurso, bajo una única campana, bajo un sublime y único farsante, bajo alguien que disimulaba la verbena con la vida, no dejando oír más voz que la suya; bajo alguien que no nos dejase gastar más perras gordas que en su parroquia, bajo un alma piadosa que nos evitara el horrible tormento de escoger, alguien que nos engañase con un supremo engaño, que hiciera de la verbena una vida, una verdad, una ilusión, un olvidarse de todo; y nos llevase a la nada a fuerza de hacernos creer que íbamos a todo. Y que nos transportase a todo, a fuerza de no llevarnos a nada.

La gran quimera de encontrar, por fin, la barraca divina de la Nada y del Todo.

## Ortega y su programa de atracciones.

Por un instante—yo, Charlot de la feria de España—he creído percibir en la voz de Ortega la voz divina de la Nada y del Todo.

Pero como esa voz la oí desde la calle, y vi salir a la calle pareceres disconformes—pronto debí reconocer, a pesar mío, que con la barraca ideal—Sancho, amigo, no habíamos topado.

Oí muchos pareceres del discurso de Ortega. El discurso del Cine de la Opera, de Madrid. Demasiados pareceres. Opiniones finas. Opiniones vulgares. Juicios a favor. Juicios en contra.

Lo único que no escuché fué un razonar sincero, leal, ardiente y al mismo tiempo justo sobre este discurso.

Unos decían que el discurso fué el de un divo de la Opera. Otros, que nada era verdad en tanta belleza. Otros, que fué un grácil discurso de palmera—feundando a distancia el palco de Maura.

Demasiados pareceres. Demasiadas opiniones. Demasiada verbena. Demasiada taquilla. Demasiado espectáculo. Demasiadas sirenas en la caseta de atracciones.

Yo quisiera comentar justamente ese discurso. Ortega es mi maestro mayor, mi más querido y leído maestro mayor. Aquel a quien le debo mi mayor rebeldía, mi mayor irrespetuosidad, mi más fiera intransigencia, mi máximo ansia de superación, de lucha y de gloria. ¡Ah, magna disciplina de la indisciplina! ¡Ah, delicia heroica de al maestro cuchillada!

Lo quisiera comentar justamente. Pero no me importaría que mi justeza resultase injusta. Que mi lucidez resultase apasionada.

## Las plurales verdades.

Según Ortega todos tenemos hoy nuestra Verdad que decir. Y aunque este relativismo me repugne, aunque ese escepticismo hacia una Verdad total me indigna—hemos de seguir aceptando esta espantosa consigna, consigna pirandelliana, kantista y atroz de “cada cual su verdad”.

El Robinsón sabe demasiado eso de las verdades particulares. Que eso es precisamente el robinsonismo.

Mi *verdad* va para medio año que la sigo estampando en estas páginas, en esta soledad desesperada de islote.

Pero, ¡quién me arrancara y pulverizase mi verdad! El solo hecho de declarar Ortega que todos tenemos una verdad es el primer error que debía invali-

dar a Ortega como político, y como ducor inmortal de almas.

Filosofía de la “mi verdad”. Filosofía del “mi vida”...

¡Verdades plurales! ¡Barracas de ferias! ¡Horrible angustia de elegir! Elegir sólo pueden los elegidos. Elegir sólo puede Ortega; pero nosotros, los pobres de espíritu, la masa, el pueblo, España, ¿por qué empeñarse en hacernos elegir, votar y preferir?

## El Cine, la Gracia y el Perfil.

Como Ortega es elegido, como Ortega es un *agraciado* de la divinidad puede elegir todo. Lo mismo les sucedía a los místicos medievales que creían en la Gracia. ¡Terrible y antidemocrático misterio, ése de la Gracia, con el que romperían un día glorioso las milicias voluntaristas y populares de Loyola!

Ortega pudo elegir hasta local donde hablar. Es sintomático que en su preferir eligiese por fin el Cine de la Opera. Porque primero pensó en un cine popular, de riñón madrileño: el Monumental. Después, en uno de tipo medio y gran-viario: el de la Música. Al fin encontró el de la Opera—el local selecto, minoritario y escogido donde iniciar su *aristocratización de la República*, que no otra cosa es lo que significa eso de la *rectificación del perfil*. La República iba resultando chatuna, de anchos arcos cignomáticos, carrillosa y abellada, y de ojuelos vulgarotes. Según Ortega necesitase aguilar su nariz. Equilibrar la facie. Amagrar la grasa, y serenar su mirada. Necesitase que la unjan de Gracia los elegidos de Dios.

## ¿Cuál es su verdad?

Pero para que la unjan de Gracia los elegidos de Dios, es condición indispensable que esos elegidos crean previamente en el Dios que los elige. ¿Cree en Dios, Ortega? O dicho de otro modo: ¿cree Ortega en España? Yo no dudo que Ortega crea en España. En una España personal, particular, de “su verdad”, de su “vida”. Como creían los místicos de la Gracia en el Dios inalienable de sus íntimas alucinaciones. Pero esa España de Ortega, ¿es la España de todos los demás españoles que no somos Ortega? ¿Puede su Dios coincidir con el Dios totalitario de nosotros, de los hu-



Antiguo retrato de Ortega joven.

mildes, de los no electos, de los que sin ser agraciados, amamos y vivimos en Dios, en España y por España?

Si su verdad fuera de alguien más que de él—todos estaríamos ya dentro de esa verdad.

Las Verdades de Cristo, y de Mahoma, y de Lutero, y de Loyola, no fueron de ellos, sino que ellos representaron la verdad de los demás.

Las verdades de un Napoleón, de un Gandhi, de un Alejandro, de un Lenin, de un Mussolini, de un Hitler—no fue-



ron verdades privadas de esos señores, sino esos señores: privados y favoritos de unas verdades generales, nacionales, sociales. Las masas les siguieron porque se seguían a sí mismas. ¿Y cómo van a seguir a Ortega—un privado que se rebela contra las masas? Un privado del sentido de las masas?

#### Ni masas, ni juventud.

A los grandes capitanes les siguieron las masas, y la mejor de todas las masas: la juvenil.

Porque los grandes capitanes, los grandes cuajadores de *partidos gigantes*—tuvieron siempre las dos supremas piedras o comprensiones: la piedad del pueblo (de lo irredento) y el amor de la vehemencia y de la rebeldía: la juventud.

¿Posee Ortega esas dos supremas virtudes de creador de pueblos?

¿Es España—la España ancha, parida, rural, intrahistórica y eterna—esa España de señores y señoritos de clase media madrileña, *snob* e intelectual que escuchó su raconto de la Opera?

¿Es juventud esa juventud pulida, domesticada y enchufada, que tiene el terror de lo único que caracteriza a la juventud: el ansia de romperse la cabeza, no con los libros (para eso bastan unas docenas en toda República humana), sino con el fusil y la pistola? ¿El ansia de pelea, de rebeldía, de escándalo, de libertad creadora y de irrespetuosidad magnífica de la vida? ¿El ansia de alcanzar la *constelación de Hércules*?

No se nos diga que los muchachos de Jaca informaron esa juventud enchufada. Los que nos batimos por otro régimen—por un régimen juvenil de aventuras y entusiasmos—esos... o están hoy en el comunismo—o en un nacionalismo sincero y puro o—los menos—están captados por un enchufe cualquiera. Castros para seguir actuando en joven. Juventud es rebeldía y, ¡ay del que intente castrar la rebeldía para vencer!

#### Nada de "amigos del pueblo".

Y digo los que nos batimos, porque yo no estuve en Jaca, pero estuve el 21 en Marruecos y el 23 en la cárcel y en la emigración. Y desde el año 24 al 14 de abril de 1931, estuve en mi brecha, en la literaria—peleando contra todo lo viejo y carcamal y chantagista de España. Y desde el 14 de abril aquí sigo, en mi trinchera, solo, desesperadamente solo, pero con más ansias de rebeldía que nunca, sin aceptar el soborno, con mi grito en la garganta, intransigente y vehemente, con toda la juventud de mi alma, acumulada como una bomba, pronta a estallar contra todo enemigo de nuestro pueblo. Porque no hay peores enemigos del pueblo que esos llamados "sus amigos". ¡Amigos del pueblo! ¡Jesuitismo dieciochesco! ¡Traición burguesa! ¡Escarnio e impiedad del pobre pueblo humilde que todo lo acepta, y en todo cree! ¡Y hasta se vanagloria cuando la esclavitud se la presentan en forma de libertad!

#### Liberación y no libertad.

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Como si el pueblo soñase en la libertad! El pueblo ante todo, no sueña. El pueblo ansia. Y lo que el pueblo ansia no es *libertad suave y amable*, sino *liberación*. Liberación violenta y genial. En el vino y en la sangre. En una borrachera cualquiera, que por el solo hecho de ser borrachera pasa a ser divina. Pues lo único que al pueblo no puede dejarse es a la *intemperie*. Con su *yo* en la mano, con sus tripas en la mano, con sus *capitales* en la mano, con su trabajo en la mano. Con la angustia antipopular y criminal de tener que *preferir*, de sentirse robinsonico, solitario, autodeterminante e *individo*. Porque entonces deja de ser pueblo. Y pasa a ser, *caos*. O lo que es

peor: *pedante infinito y trascendente*. ¡Qué horrible pedante me sentiría yo hoy—un robinson—si no supiese que por mi voz indivisa hablan tantas voces robinsonicas que callan!

¿Dónde está, Ortega—mi gran Ortega, mi admirable y querido maestro Ortega—esa gran faena a que nos invita a nosotros, al pueblo de España? Porque yo soy también pueblo, y humilde y trabajador en la faena; porque yo soy de los que esperan con el resto de mis paisanos, y con toda mi alma, entrar a laborar en una faena cuanto más grande mejor; porque yo soy también castizo operario parado y desesperado?

Esa faena no puede ser ésta que llaman de la *Cultura*. La faena de la *Cultura* es una faena adjetiva, pero no sustancial en un pueblo. Sobre todo en un pueblo como el español que nunca necesitamos de la *Cultura*. ¡Humana y noble barbaridad la nuestra!

La faena sustancial todos sabemos que no es la de la *Cultura*—mito horrendo que quiere forzada y subrepticamente sustituir en nuestros pueblos dogmáticos, mesianistas y antitrabajadores, al viejo mito de nuestro *Dios*, de nuestro *Dios* popular de las conquistas y de las quijotadas nacionales. Horrendo mito *humanitarista* y *vitalista* éste de la *Cultura* que quiere aplastar a nuestro credo tradicional y eterno de que vivir es sobre todo morir, vivir es salvarse en la muerte, vivir no es leer sobre la vida, sino saber sobre la muerte. Que esa fué nuestra única alegría en la historia, cuando tuvimos historia, la alegría de saber que moríamos por algo y para algo.

#### ¡Organícense nuestros humores nacionales!

Nuestra única alegría: ésa tan triste de dar paso a la vida por la muerte. A la fatiga por la gloria.

Porque nosotros, España, no somos "alegres". No necesitamos que nos organicen nuestra *alegría*. Nosotros nos divertimos y bailamos solos.

Eso de la "alegría organizada" está bien para las *kermeses*. Para los pueblos protestantes, nórdicos y sensuales. Para los pueblos de Lutero, Calvino y Compañía.

Nuestro pueblo tiene su alegría organizada desde muchos siglos. La canta en su guitarra pensando en cuándo tiene que morir. La canta en su paisaje desértico y desolado—pero con un cielo puro encima, inefablemente alegre y sereno. La canta en sus ciudades muertas donde vive una vida humana, noble y posada, como la del cielo azul y radiante que la cubre.

Para salirse por *alegrías* y *peteneras* ya se salió bastante nuestro flamenco Primo. ¡Organizar nuestra alegría! ¿La Española del pandero?

De organizarnos algo, que nos organicen lo nuestro, nuestros auténticos humores nacionales. Que se nos organice nuestra melancolía racial, nuestra rabia genial, nuestra desesperación humorista y esperanzada. ¡Pero nuestra *alegría*, nuestro *savoir vivre*! Eso queda para los alcaldes de París, esos del frac y del mo-flete rubicundo, esos que sin duda constituyen el ideal de tantos de nuestros repúblicos, tanto más alegres cuanto más tristes vamos estando nosotros, los de la *triste y espaciosa España* de Fray Luis y de Unamuno. Nosotros, la España que canta en la pena, y que pena en el cantar. Nosotros, la España de los siglos, y por los siglos. Y por siempre ¡España!

#### ¡Basta de Sociedades anónimas!

Nosotros, la España que hemos tirado la Monarquía en cuanto dejó de ser *valor espiritual* y se hizo *valor financiero* y mercantil, *sociedad de socorros mutuos*, *sociedad anónima*. Nosotros, la España que tiraremos esta República como siga por el camino cada vez más eviden-

te de la *sociedad anónima* y del *socorro mutuo*.

Porque con más cinismo que la Monarquía va siguiendo esta República ese mismo camino de "todo el país para una casta".

Todavía la Monarquía española apoyaba sus acciones en portadores de abo-lengo espiritual y nacional: Aristocracia, Iglesia, Milicia. Que estos portadores se hiciesen mercachifles, cobardes y canallas, eso es otra cosa.

Pero lo que no es tolerable es que el mercachifle retorne en forma de *casta mercachifle*. Con su inquisición secreta, con su consejo anónimo. Con sus acciones a portadores anónimos que todo el mundo va conociendo.

La República debe ser de todos, de nosotros, de los españoles. No somos nosotros los que nos tenemos que acercar. Si nos acercásemos caeríamos en el enchufismo y la codicia. El deber de un régimen que se llama nacional es salvar los valores nacionales por encima de toda casta y de todo Consejo de Administración.

Lo contrario es exponer ese régimen a la asfixia, al clamor de las injusticias y al asco radical de un pueblo estafado.

## Un nuevo poeta pastor

Una de estas mañanas me llamó al teléfono Concha Albornoz, la hija de nuestro ministro de Justicia:

—Giménez Caballero, aquí tengo un pastor poeta, se lo mando a usted.

—Mándemelo Concha, tendré mucho gusto en recibirle.

Llegó a mi casa el pastor poeta. Me fijé en su cara y en sus manos.

Su cara, muy ancha y eigmática, cla-



El nuevo poeta pastor de Orihuela.

ra, serena y violenta, de ojos extraordinariamente abiertos, como enredilando un ganado ideal.

Las manos fuertes, camperas y timidas.

Le sometí a un interrogatorio de Juzgado municipal.

—¿Cómo se llama usted?

—Miguel Hernández.

—¿De qué pueblo?

—Orihuela.

—¿Oficio?

—Guardador de cabras.

—¿Cómo se aficionó a leer y escribir?

—Pues ya ve, cogiendo todos los papeles que encontraba, yendo a la biblioteca del pueblo.

—¿Sus autores preferidos?

—Góngora, Lope y Gabriel Miró.

—¿Amigos literarios?

—Casi ninguno. Gijé, que usted conoce en Orihuela.

—¿Qué ha escrito usted?

—Mire; estos versos, tómelos.

—Están manuscritos y son muchos, no quiero dejarle sin ellos.

—No importa, tengo copia. Lea a ver qué le parecen.

—Bueno, leeré estrofas significativas.

*En cuclillas ordeño—una cabrita y un sueño. (Me gusta.) Yo me enjoro la mañana—caminando por las hierbas. (Me gusta.) En la tarde hay luna nueva—que esta luna nueva llueva. (Me gusta.)*

(Salpico la mirada por todas las hojas sueltas de su cuadernillo. Es un auténtico pastor. Sabe a la hora que cantan los pájaros y duermen las ovejas, y suspiran las pastoras y salen los luceros y reluce la escarcha.)

—Pero, hombre—le increpo—, ¿qué hace usted en Madrid vestido de gabán, tan señorito?

—Ya ve, quiero trabajar, colocarme en algo, sea como sea. Me vine con mis ahorritos, aquello es muy estrecho, la Oleza de Miró...

—¿Y tiene usted esperanzas de colocarse en algo?

—La señorita Concepción Albornoz me ha prometido ayudarme... ¡Ah! Si publica usted mis versos póngales esta dedicatoria: "A doña Concepción Albornoz de Segovia que, dulce y generosa hada, me pone bajo su protección. Respectuosamente."

Despedí a nuestro nuevo pastor poeta. Y le prometí que hablaría de él. Comprendí su angustia, su ansia, su sueño. Simpático pastoreito caído en esta Navidad, por este nacimiento madrileño.

A los pocos días tuve una carta suya, que transcribo. Carta desesperada y reveladora.

Madrid, 19 de diciembre de 1931.

Al señor don Ernesto Giménez Caballero, Miguel Hernández.

Admirable, admirado Robinsón:

*Comprendiendo que no puede usted desperdiciar un átomo de tiempo, no he querido visitarle otra vez. Lo que había de decirle se lo escribo para que lo lea cuando quiera. Además que, dada mi maldita timidez, no le hubiese dicho nada en su presencia. La vida que he hecho hasta hace unos días desde mi niñez, yendo con cabras u ovejas, y no tratando más que con ellas, no podía hacer de mí, ya de natural rudo y tímido, un muchacho audaz, desenvuelto y fino o educado. Le escribo, pues, lo que había de decirle, que es esto:*

*Las pocas pesetas que traje conmigo a Madrid se agotan. Mis padres son pobres y, haciendo un gran esfuerzo, me han enviado unas pocas más para que pueda pasar todo lo que queda de mes. He pedido también a mis amigos de "Oleza", que pueden bien poco, algo. Me lo han prometido... Lo que yo quisiera es trabajar en lo que fuera con tal de tener el sustento.*

*La señora Albornoz no puede hacer por mí nada, aunque lo desea vehementemente. La visité ayer y la saludé en su nombre. Dice que verá si sale algo... Yo no puedo aguardar mucho tiempo. Si usted no me hace el gran favor de hallar una plaza de lo que sea donde pueda ganar el pan, aunque sea un pan escaso, con tristeza tendré que volverme a "Oleza", a esa "Oleza" que amo con toda mi alma pero que asustaría ver de la forma que, si no se interesa usted por que me quede, tendré que ver.*

*Haga lo posible por que no sea y cuente con mi agradecimiento.*—Miguel Hernández.

\*\*\*

Queridos camaradas literarios: ¿no tenéis unas ovejas que guardar? Gobier-



intelectuales: ¿no tenéis algún intelectual que esté como una cabra para lo pastoree este muchacho? ¿Quién ayuda al nuevo pastor poeta? ¿Se ganado se le confía? ¡Ver! ¡Entre todos! ¡Un enchufe este campesino! ¡Un destinejo pastorear! ¡A ver esa Casa de Poetas! No dejéis al muchacho volverse llo-

rando y arruinado a su redil lugareño! ¡Hacedle aunque sea ferroviario! ¡A ver, a ver! ¡Vosotros, los literatos influyentes y mangoneadores! ¡Un premiecillo nacional para este pastor! ¡Para este poeta parado! Querido Miguel Hernández: Si después de estas voces no me oye nadie más que usted, sepa por lo menos que mi buena voluntad se ha cumplido.

blica ha agudizado vivamente. Único bien espiritual que debo hasta ahora al nuevo régimen. Ya que bienes materiales no le debo todavía alguno, como tampoco se los debí al viejo estado monárquico.

Cuando este otoño fui a ofrecerle mi esfuerzo de tres años de cine, en espíritu de estricta amistad colaboradora que siempre me caracterizó en las relaciones contigo—me dijiste netamente que las sesiones de Estudio habían pasado ya al dominio público y que no te interesaba meterte en tales inútiles preocupaciones. Ahora veo que has cambiado de opinión, puesto que las organizas sin mí, por cuenta tuya. Ello me hace comprender muchas cosas. Lo que no acierto a comprender es que quieras inaugurar tales preocupaciones conmigo a la coronilla. El papel de bailarín del circo me gusta hacerlo cuando ello redunde en beneficio de una idea superior, pues no temo el ridículo, como te ha constado más de una vez. Pero el que me señale la gente con el dedo, diciendo: "ése ha bailado tres años por nada y ahora baila diez minutos por una propina"—eso no entra dentro de mi abnegación. Ni aun cuando me lo pida un amigo tan leal y amable como tú. Al decirte esto no creas que hablo por mi pluma género alguno de rencor ni de pasión mezquina. Habla el honrado dolor de un alma desinteresada que se ha ido sintiendo amablemente expulsa de esos grupos sociales a quienes ofendió su mejor juventud y entusiasmo. Con el mismo estilo suave me expulsaron de El Sol prerrepblicano. Me cerraron las puertas de revistas, editoriales, sociedades, partidos políticos, ministerios: me clausuraron toda área posible de expansión. No olvides que una de las últimas veces que me encontraste fué solitario en mi barca del estanque del Retiro, en las mañanas de este agosto.

Tu invitación ahora a sacarme de la barca me parecería digna y admirable si no temiese el empujón al saltar, si no temiese el ahogarme del todo en medio de las piadosas risas. Yo hubiera querido hacerte la presentación de tus films, de tus sesiones, de cuanto quisieras. Tus indicaciones—como las de tu padre—fueron para mí siempre honrosos mandatos que acatar.

Pero las circunstancias de hoy sólo me dictan estas tristes líneas que seguramente no querrás leer ante el público de la 4.ª temporada.

Siempre fué buen amigo tuyo,

E. Giménez Caballero.

2) Carta a Cándido Bolívar.—También existe otra carta dirigida a mi querido amigo y compañero Cándido Bolívar. Esta carta estaba sin enviar. Pero ahora queda expedida desde aquí.

Querido Cándido Bolívar:

Hace mucho tiempo que deseaba preguntarte, claramente, mirándote a los ojos, con la decisión viril que se preguntan estas cosas: sobre qué habré yo podido ofenderle para que usted haya operado conmigo de la manera sutil e implacable que lo ha hecho. Sobre sus propósitos en deshacer nuestra colaboración en lo que atañe a cine educativo y científico en España.

Cuando usted y el amigo Olagüe me solicitaron films para la Real Sociedad de Historia. Natu-

ral, yo se los puse conmovidamente a su disposición.

Cuando tras mil esfuerzos se cuajó el Comité de Cine educativo bajo el impulso de Guad-el-Jelú, me faltó tiempo para llamarle. Y usted acudió con toda su presencia. Y en representación de la Real Sociedad de Historia Natural: dispuesto a colaborar. Pronto comencé a notar que la Real Sociedad de Historia Natural deseaba algo más que colaborar, y que dar cine científico a sus socios. Comencé a observar una sorda lucha entre nuestra organización central y la rama de cine científico que usted acudillaba.

Por un momento pensé en la contienda. No por personalismos, sino por una idea superior, integradora y superadora de todo partidismo.

Como detesto las traiciones, renuncié a toda contienda y a toda intriga. A usted le consta—que—advenida la República no he dado un solo paso por reunir a nuestro Comité, por urdir nada contra esa recentralización que usted ensaya del cine educativo en el Ministerio de Instrucción Pública, auxiliado por nuestros amigos y compañeros de Comité, Barnés, Luzuriaga, Rioja y Santullano. Con la Monarquía—hubo de intrigar. ¡Era tan delicada la lucha! Pero con la República, ¡con nuestros amigos!... ¿cómo iba uno a sospechar que no eran amigos nuestros, amigos de siempre? ¿Es que me tomaron ustedes por monárquico? A usted le consta que el título de Real Sociedad sólo lo ha disfrutado en todos los sentidos, la de Historia Natural. Pero nada de lo que atañe a nuestro educativo cine. Nuestro Comité no era real, sino ideal. Lo ideal es lo que siempre muere.

¿Qué le he hecho yo, amigo Bolívar, para esta exclusión, para este escamoteo tristemente inexplicable de mi esfuerzo, de mi historia intelectual y moral, de mi persona? De mi hoja de servicios a la cultura española y al Cine de España? No le pido que me lo explique. Me molestan las explicaciones. Sólo deseo con esta carta que las situaciones, las personas y las cosas, queden netas, diáfanas.

Sigue siendo—¿por qué no?—leal amigo suyo,

E. Giménez Caballero.

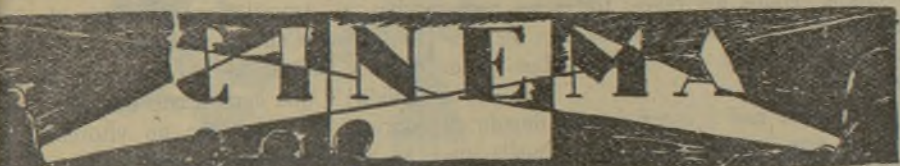
III.—Resurrección y alegría.

Todo el que haya tenido el interés de leerse esta verídica historia de la vida, muerte y milagros del Cineclub y de sus derivaciones educativas—erectará que yo—su padre—loco de dolor no tiene más que resentimientos contra las causas inmediatas de esa muerte.

Pero se equivocaría quien así creyere. Y me ofendería gravísimamente. Sobre el dolor de hombre terreno y material, está la alegría serena, esperanzada, noble y fuerte del hombre ideal. Está la superioridad de lo que es espíritu.

Pido perdón a todos—y especialmente a mis amigos Urgoiti y Bolívar—por mi abandono sentimental y mezquino. Mi alma está ya limpia de toda herida. Créanlo.

Si el Cineclub ha muerto—el Cineclub ha resucitado en los Estudios de Proa-Filmófono. Yo incito a todos los socios y amigos del Cineclub a llenar calurosamente esas nuevas sesiones resucitadas. Valga mi verdad, como su mejor propaganda. Si el Comité de Cine educativo ha muerto, también ha resucitado en las Misiones Pedagógicas del Ministerio de Instrucción Pública, cuyo secretario es el alma de oro de mi querido, admirado y entrañable amigo Santullano. (A



## Muerte y resurrección del Cineclub

### I.—El adiós fatal.

Muchos señores abonados del Cineclub sido tan leales y afectuosos que se interesado constantemente durante tiempo por la salud del Cineclub.

Entre todos aquellos que se interesaron exactamente por nuestro Cineclub Español—y a todos aquellos que indirectamente por él se preocuparon—debo las gracias emocionado, y ofrezco un puesto junto a mi dolor para ar un poco el cadáver.

Nuestro Cineclub Español—queridos amigos míos—murió atropellado en esas calles de la ciudad. Excusad si os hablo recordadamente, conteniendo mi pena. Vosotros sabéis lo que para mí fué el Cineclub. Fué un hijo, uno de esos hijos espirituales que se agarran más a las trañas que los mismos hijos de la me.

Por él yo sufrí todo: el escándalo, la gustia, la incertidumbre económica, desvelos; todo lo que por un hijo exuberante, violento y delicado se sufre. Vosotros sabéis qué cosa fué el Cineclub. Pues gracias a vosotros—queridos amigos y protectores—pudo el Cineclub desarrollarse, crecer, extenderse por la península, por América e incluso por tropa.

Tres años vehementes de vida. El Cineclub fué aquel desfile de films todos los rincones del mundo, con todas las novedades del mundo. Por él vimos las primeras películas rusas que en España se dieron. (¿Recordáis; allá, a escondidas de Anido, en el Ritz?) Por él visteis las primeras figuras chinas de la pantalla. Por él—comenzasteis a sistematizar una cultura del cine, y a estimular la grandiosidad humana de este tan motor educador del hombre nuevo.

¿Quién os trajo los primeros acentos de cine educativo? El Cineclub. ¿Quién os ofreció las primeras muestras de cine científico y de Ciencias naturales? El Cineclub. Y el Cineclub os organizó análogías—de cómicos, de dibujos, de documentales. ¿Quién popularizó la llamada vanguardia? ¿Quién os trajo René Clair y Deslaw y Hugnet y Man Ray Rutmann y tantas otras firmas de primer rango nuevo? ¿Quién os ofreció las primeras proyecciones de film español? Un perro andaluz, por ejemplo?

¿Quién hizo interesarse por el cine a las primeras figuras de nuestra intelectualidad, empujándolas a desfilar por los escenarios ante vosotros? ¿Sabéis lo que significó alcanzar a un Marañón, un Baroja, un Araquistain, un Vayo, un Ramón, un Lafora; y a toda esa gente joven y nueva como un Alberti, un Loran, un Jarnés, un Ros, un Ferrero, un Ricardo Urgoiti, un Montes...?

¿Quién os trajo conferenciantes del extranjero especialmente para vosotros: un de Feo, una Germane Dulac? ¿De dónde salieron nuestros mejores críticos

jóvenes, nuestros más jóvenes técnicos de cine?

Perdonadme, perdonadme, amigos; en las memorias se me van las glorias.

Mis únicas glorias, las del recuerdo del noble Cineclub. Yo nunca os pedí nada. Si concedisteis aplausos o serenitas críticas de cine—vosotros, críticos de la Prensa—fué por él siempre, que no por mí. Yo no podía comprar a nadie, pues yo era un padre y no una Empresa; yo era un espíritu y no un mercachifle. Por el Cineclub no temí ridículo ni sacrificio alguno. Hablé por todos los escenarios de Madrid y por las principales provincias. Asistí a Congresos lejanos de España. Me puse en relación con tantas y tantas gentes. Por el Cineclub comenzaba a circular sangre expansiva de España, vetas nacionales.

Desde hace tiempo—por eso mismo—el Cineclub estaba vigilado por la policía secreta de lo tenebroso. El Cineclub iba resultando español, demasiado español, y podía constituir un peligro.

Hace muchos meses que yo veía los cuchicheos. Y las miradas de través. Y las apuntaciones en la lista negra de las defunciones violentas.

Pero el Cineclub afrontó el peligro. Dió la cara. Y se aventuró solo—en estos tiempos tan malos de pistolas y de guerra civil—por esas calles.

Mi corazón estaba en un hilo. Me lo comunicaron, casi de repente, un día.

El Cineclub Español yacía en el depósito. Sin dinero alguno. Pero con todos sus papeles de identificación en regla. Queridos amigos, queridos protectores del Cineclub: a vosotros, que os preocupasteis por su vida y por su suerte: a vosotros que me estrecháis ahora la mano en esta cámara ardiente—infinitas gracias, junto a su cadáver. Como fué bueno y justo, quien sabe si su alma alcanzará la gloria. Unid vuestra oración, a la mía.

### II.—Dos cartas que estaban en el expediente de autos.

1) Carta a Ricardo Urgoiti.—El domingo 20 de diciembre, mi querido amigo y compañero Ricardo Urgoiti, dió principio a las sesiones de Cineclub (4.ª temporada) en el Palacio de la Prensa, inolvidable y amado local del Cineclub—bajo el título de Estudio Proa-Filmófono. Tuvo la gentileza de invitarme a presentar esta 4.ª temporada, avisándome veinticuatro horas antes de la sesión. Yo me apresuré a portarle personalmente a su casa la siguiente carta:

Querido Ricardo:

Frente a tu amabilidad de invitarme a presentar la 4.ª temporada de Cineclub está mi imposibilidad de aceptar esa invitación. Está mi sentido de lo moral, que la Repú-



Santullano le vi un día llorar delante de mí por un hijo muerto, y desde entonces sabe él lo que le guardo de amistad, de respeto y de afecto.)

¿Qué me importa que mi humilde e insignificante persona no figure en esas resurrecciones?

Mi esfuerzo paterno no se ha perdido. Fructifica, renace y resucita. La República, encarnando ahora a España, salva este esfuerzo mío. ¡Bendita sea la República!

Yo soy un patriota, soy un loco de mi

patria, a la que di, doy y daré cuanto tengo y soy.

Pesimista y amargo a ratos—porque el optimismo es casi siempre la forma de la cobardía. Yo soy un español ante todo. De esos pocos que no les importan las contingencias ni los motes accidentales.

Y a los que ante todo son españoles —ya sabrá algún día la España eterna compensarles de pequenezes transitorias.

Queridos amigos: ¡Viva el Cineclub en la República! ¡Viva la España que vive!

## TIPOS DE LA REPUBLICA

# El coleccionador de autógrafos

Don Claudio Rodríguez Porrero es hoy una personalidad de la República.

Excelentísimo amigo de Alcalá Zamora, de Manuel Azaña y otros eminentes republicanos, don Claudio Rodríguez Porrero es también amigo mío.

Y esta amistad me envanece porque, aparte el afecto personal, fui yo, yo y la GACETA LITERARIA, quien descubrió a don Claudio Rodríguez Porrero sus altos destinos republicanos. Cuando don Claudio Rodríguez Porrero no soñaba seguramente con dirigir el Patronato Nacional del Turismo republicano ni ocupar el alto puesto moral que hoy ocupa en nuestra República. Allí, hacia el otoño de 1927. Cuando LA GACETA LITERARIA inauguró en España la primera fiesta republicana, el más importante preludio de hu-



Don Claudio Rodríguez Porrero.

manidades que ha registrado nuestra literatura actual: me refiero a la *Exposición de manuscritos españoles* en la Casa del Libro.

Me refiero al primer Certamen convocado en España en torno a lo que yo llamé las "Reliquias humanísticas".

¿Lo recuerda usted, don Claudio, hijo mío? Porque yo le llamo hijo mío con todo derecho, pues fui yo quien le descubrió.

Permitame recordarlo, transcribiendo mi manifiesto aquel de las reliquias, otoño de 1927:

"LA GACETA LITERARIA va a ensayar, por primera vez en España, el culto por las reliquias literarias: por la huella trémula del autógrafo literario: por esa sombra de su personalidad que deja el escritor, reflejada perennemente, en el manuscrito, en la blanca intimidad de su obra.

LA GACETA LITERARIA pretende instaurar en nuestro país—con el motivo accidental de la Fiesta del Libro—la *cotización* del entusiasmo del lector por su autor favorito, creando el *diezmo humanístico*—como se podría llamar a esta contribución piadosa en favor del artista, del creador literario.

Descontamos—desde luego—el fracaso. La mayoría de las gentes, en España, no están preparadas para este fervor de humanidades.

Entre estas gentes hay que incluir a los

mismos escritores. No hemos encontrado apenas uno—de cierta notoriedad—que, al comunicarle nuestro propósito, no haya sonreído, como desconfiada y un poco cazarra, de la cosa. Viendo en nuestro ensayo sólo la parte aparentemente superficial y reclamista, pero no la profunda y educativa que para un pueblo pueda tener.

No hay temor de que, hoy por hoy, se nos arrebaten de las manos—como en Francia—los autógrafos famosos, a fuerza de pujar en la subasta literaria. Ni de que aparezca el temible tipo del falsificador o el del manuscrito presentado en venta por su autor marchante a ultranza.

Pero si conseguimos que sobre cualquier caiga la tarjeta adquisitiva de un admirador, ya nos daremos por satisfechos. Aquí somos siempre sobrios para los placeres intelectuales. Contentémonos con poco, por el momento. Y prosigamos. Es menester crear el *bibliófilo popular*, el *cultor del Libro*, el que instaure en su vitrina—hornacina de cristal—los trazos mágicos de un autógrafo exquisito.

Urge crear ese tipo intelectual entre nosotros. Nada más triste que contemplar, desde la altura de nuestro periódico, que nadie se acerca hoy a él a inaugurarle esa preparada sección (existente en todos los periódicos literarios de Europa) de: *Ofertas y demandas del Bibliófilo*. (¿Hay bibliófilos en España?) Se dice que toda la industria del Libro atraviesa una gran crisis en España. Y es cierto. Las fábricas de papel tienen una superproducción de 20.000 toneladas, que nadie consume. Los editores se lamentan de las tiradas ridículas que deben hacer de los mejores autores. Y de ahí surgen esas propagandas oficiales de crear estas *Fiestas del libro*. Como si por Real orden se pudiese crear la curiosidad por el Libro.

Nuestro periódico lucha, desde que nació, por cumplir esta urgente misión aperitiva, punzadora. Esta política entrañable de nuestra cultura.

Quien nos ayude ayudará una tarea fundamental. Esencialmente liberal y humana. Contribuyendo hoy a la Fiesta del Libro, en estas partes puras que indicamos, lograremos un día desterrar para siempre esta Fiesta. Esta *excepcionalidad* en el amor intelectual. Haciendo entrar a nuestro país en el reinado suave y cálido de los pueblos cuyas fiestas literarias son cotidianas. Sin intervención del Estado. Y en que el individuo se libera a sí mismo, a fuerza de culto por la cultura."

Aquel manifiesto mío, aquella Exposición, no fueron en vano. Por lo menos, tres ilustres figuras logré que se destacasen en nuestro panorama: *Don Ignacio Bauer* (que por cierto acaba de editar un interesantísimo "Catálogo de Cartas y Documentos de mi archivo"); *don Gustavo Gili*. Y *don Claudio Rodríguez Porrero*.

Don Claudio se presentaba a veces por nuestros talleres. Yo estaba con mi mono, sucio de tinta de imprenta, stareado.

—Vamos a ver, Ernesto. Qué novedades tiene usted.

—Pues mire, don Claudio, estos documentos. Téngalos.

Don Claudio compraba, iba, venía; le regalaba yo de muchos contemporáneos, en entusiasmas propinas a su entusiasmo.

Uno de estos días me invitó a *presenciar* su colección. Me quedé estrábico. Este hombre posee en vitrinas numeradas y múltiples, sin duda una de las más espléndidas colecciones de Europa. Y del mundo.

Este gran republicano posee la entera colección de documentos reales de España. Desde el primer ibero que reinó en España, pues de ése, como no sabía firmar, conserva la memoria. Todos los reyes, todas las reinas de España. Todos los favoritos. Los dictadores. Los ministros. Los literatos. Los pintores.

La España real y espiritual ha dejado en casa de este hombre impresa su huella auténtica e imperecedera.

—Pero don Claudio, usted es el museo de nuestras firmas! ¡Es usted el archivero de la raza!

Don Claudio se enciende, se apasiona, se entusiasma.

—Mire, éste es de Wágner, éste de Rubén Darío, éste Alfonso el Sabio, éste de Mussolini, estos dibujos sobre Cambó son de Primo de Rivera, esto es de Mirabeau...

Don Claudio tiene un acento abierto, desgarrado simpáticamente, un acento que golpea sentenciosamente las palabras, cocinándolas a la madrileña. Un acento jacarandoso y chulón, castieísimo.

Maneja nuestros grandes hombres y los grandes hombres del mundo, como Hamlet la calavera, con toda familiaridad.

¡Usted, don Claudio, debía ser el presidente de un Panteón de Hombres ilustres! En Madrid no existe otro cultor de humanidades superior a usted. Usted es el primer republicano de España.

—Habría que fomentar más este placer humanista en España—me dice don Claudio pensativamente.

—Sí, don Claudio. La República tiene el deber de fomentarlo. Yo no propongo que le compre el Estado su colección porque parecería un chantaje inmoral mi proposición. Pero sí, debía difundir la República su ejemplo meritorio. ¡Y pensar que yo le he lanzado a usted a nuestro ruedo! ¡Qué honor, amigo mío, hijo mío!

Don Claudio se sonríe. Y me presta de su biblioteca una serie de libros entretenidísimos que me estoy leyendo: "El falsificador de firmas", "Manual grafológico", "Firmas de Reyes de España", "Catalogue de Lettres autographes", "Preziosi autografi all'asta pubblica"...

—Yo le prometo, don Claudio, que tornaré a proclamar su nombre.

Y así lo cumplo ahora. El Robinsón literario de España, en éste su número 5, tiene la alegría de ondear nuevamente a este ilustre hijo suyo, padre de todas las firmas del mundo: gran don Claudio Rodríguez Porrero.

## « AGORA »

### Tambor de guerra

Cuando ya me parece haber terminado mi quehacer cordial con Cataluña, siempre hay una voz inopinada, inesperada que enlaza de nuevo mi destino a esa zona peninsular de España.

¡Qué sorprendido quedé al recibir una carta—hace semanas—en que unos muchachos me abrían su *ágora* como brazos de camaradas!

Mayor fué mi alegría—cuando llegó a mis manos el primer ejemplar de la nueva bandera. Más que por la voluntad simpaticísima con que la ondeaban hacia mi isla, por la calidad de sus señales.

¡Una revista catalana en español! Y una revista en español de gente juvenil que ya no se andaba por las viejas ramas del metaforismo, del hermetismo, del cenaculismo, del liberalismo, del democratismo, del catalanismo y demás ismos putrefactos.

¿Quiénes eran esos muchachos? A ninguno conocía yo.

Es decir: a uno de ellos le había un escuchado, sin verle. Voz indivisa de bre, perdida en una multitud.

Me lo recuerda él mismo en este segundo número de su *Agora*, comentando lo que llaman mi catalanismo.

"El "Robinsón"—reencarnación la del novecientos—es la tribuna de un bro de acero sobre unos ojos de profunda escrutaciones: Giménez Caballero.

... (¿Te acuerdas, "Gecé", de cuando sabas al Ayuntamiento—visita de insulares castellanos a Cataluña—con tu chera y sin tu sombrero, de un "¡bravuraclida!", que contestaste con una perfomrisa? Era del que no vitoreó a n Del entusiasta desconocido.)

En el resquicio del número 1 de *Agora* dudaba yo—¡bueno, dudaba!—de fuera la Cataluña que entusiasmara al binsón". Y antes de que esta cartelera gase a manos de indirectamente aludido, la contestación casi terminante. Bastá me los arañazos merecidos que el "gato" drileño da a la mediocridad—¿cómo n habías vislumbrado antes?—de Ant María Sbert, y la "cartita a Maciá", que mina:

"Como también ustedes fallen a uno—mirado *avi*—, ¿en quién va uno a creer en Cataluña? ¿No llegará el caso de guntarnos de una vez, en Madrid, si C"luña no será un simple cuento de br"con que asustar a nuestros niños?"

No, querido Ernesto. Cataluña es cosa. Tienes dudas porque no has visto que una Cataluña unilateral, la que se boba mirando al Mediterráneo, la que ve pececitos de colores. Pero sabe tú, a go—¡qué amigo: hermano!—que hay C Cataluña en el crisol, que se está hacien la nuestra, la que tú, intuitiva y generamente, habías presentado bajo tus "sig avión". Ya irás viendo lo que esa Catal novísima es capaz de hacer. Ya te lo iren demostrando cuando nadie—aquí—ponga tela de juicio nuestro catalanismo más p y más honrado."

Quien esto me dice se llama Isidoro F nández Calleja. Uno de los gonfalcones Los otros son: Adolfo Ballano, Enrique Juan, Ignacio Meler y J. Roig. Hay otr todavía.

*Agora* es una revista clara y terminan con ligeras neblinas matinales en los h zontes.

*Agora* pugna por un movimiento verti archiespañol, de alzar y salvar al *Homb* al individuo, del caos de toda *cracia*. Y p otro lado, pugna también por una corrie plana y niveladora (como sindical), los *Hombres en sí*.

Interpretación juvenil, original e iné ta—de eso que yo he apuntado como v fenómeno característico de España y com nuevo fenómeno del mundo social nuev La salvación de la masa en el individuo del individuo en el todo.

¿Sabéis, queridos muchachos, que esa m ma preocupación nuestra es la que atenaz a las mejores juventudes actuales de Euro pa? ¿Conocéis los esfuerzos de la revista *Plans*, de París, por lograr también es fórmula? ¿Conocéis las tesis llenas de lento y angustia de un Ph. Lamours? Pue son las vuestras. Las nuestras.

¡Gran pulmón mediterráneo de Españ ése que acabáis de abrir sobre la enrarec da España, sobre la tuberculosa Catalu de hoy!

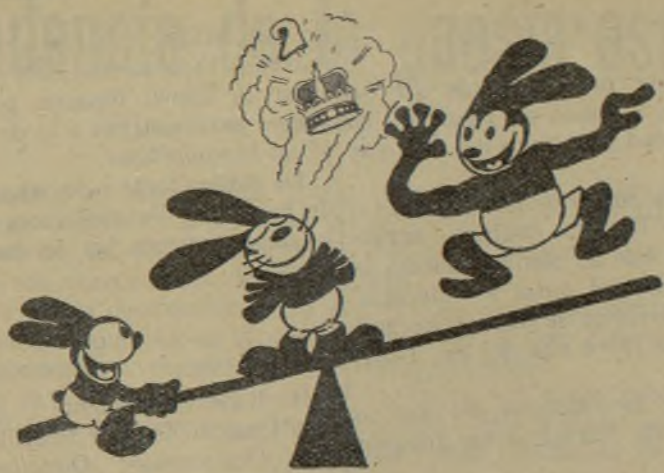
¡Proseguid en vuestra rebeldía! Sed im placables con todos. ¡Con enemigos, co amigos; con vosotros mismos, especial mente!

Pedios en cada línea que escribáis la má xima de las tensiones honradas. Nada de concesiones. Puño firme. Ojo claro y pronto Valentía. Y ardor.

Exigiros todos los deberes. Hay que formar en España la *Liga de los Deberes de Hombre*. La nueva aristocracia de España.

¡Rebelión! ¡Entusiasmo! ¡Fe! ¡Redobles de tambores! ¡Luces nuevas en las noches celulares! ¡Oid mi tambor redoblaros a gloria, hacia un caminar único!





PLA DE CIEGO

## A MADRIGUERA ESPAÑOLA

na de las mejores coplas de ciego madrileño es cantar la burocracia española por de dentro. La madriguera de Madrid. El resto de España sólo conoce la madriguera por de fuera. La coque en forma de contribuciones, de as, de licencias, de persecuciones, de alturas, de aranceles, de imposiciones, de actas; la conoce en pasivo, como paciente. La madriguera de España, sentada desde fuera, es la presión del pulpo, la asfixia de un gas sutil, la invisible figura de una máquina inquisitorial complicada.

Pero vista desde dentro, no existe nada menos feroz, menos intimidante, más alegre y confiado. Cantemos su copla. Como buen madrileño, soy un especialista de covachuelismo, de madrileñismo; un catador excelente de calama-chupatintas de España.

No es que yo haya sido burócrata. No lo sea. Ni lo aspire a ser. Precisamente por conocer hasta el fondo la esencia del madriguerismo hispano he sido de él como un desesperado, como quien huye del ogro, sintiendo que el ogro le roe los talones, y que un día lo alcanzará, sin duda, y lo deglutirá, como tantas otras víctimas inocentes.

Yo no he sido burócrata. Pero soy un visitante de covachuelas matritenses. Ya que la covachuela es el único paisaje que existe en Madrid. Y el madrileño no tiene otro instinto, profesión, deber que la covachuela. Único ámbito vital de Madrid. Se dice pronto: Madrid, capital de España, ciudad de tantos habitantes, bonitos monumentos, un histórico y seco a sus pies, una orgulloso sierra a su cabeza. Residencia fue de la Monarquía, sede del Parlamento, excelentes fondas con abundante cocina, carácter amable y hospitalario de los transeúntes, clima bueno y saludable... Pero Madrid, ¿es eso Madrid?

Cuando yo tengo que enseñar Madrid a un forastero, jamás lo llevo al Museo del Prado, ni a los toros, ni al Retiro, ni a la Puerta del Sol, ni al Rastro. Si lo llevo a esos sitios complementarios y expansionadores de la covachuela, es después de haberlo conducido a unos cuantos ministerios, a unas cuantas covachuelas oficiales, a las madrigueras de Madrid.

Madrid es una madriguera inmensa y total. Y la vida de Madrid podría estudiarse con metodología de ciencias naturales, como Maeterlinck estudió la vida de las abejas o de los termites. ¡Ah el abejar de Madrid! ¡La gran zanganada madrileña! (alrededores de Madrid llevan nombres de este madriguerismo apicularesco: los pueblos llamados Colmenares). ¡Ah la madriguera madrileña de Madrid, conejería nacional de España! Uno de los símbolos más viejos de España era ya un conejo en el regazo de España.

Alfonso XIII cumplía exactamente su deber de Rey madrileño matando conejos en los montes de Madrid. Era su

defensa instintiva contra la conejería nacional que lo iba un día a devorar, como plaga epigélica. Pues son los burócratas de Madrid quienes trajeron la República, quienes se comieron al Rey, con sus dientines roedores, minutos e implacables. Con sus agujones abejari-les. Son los burócratas de Madrid quienes se comerán un día la República si la República juega demasiado en serio a su caza, si la República deja entrar en exceso a los hurones por nuestras castizas madrigueras.

Yo tengo el terror de la burocracia madrileña, de esta gran piojera del país. Pero por eso mismo que me aterroriza, me admira esta colonia parasitaria de la nación. La admiro y la reverencio. La esencia de toda divinidad, como descubrió el divólogo R. Otto, es la provocación del sentimiento de criatura, un sentimiento heterovalente compuesto de dos contrarios: *Temor, Amor*.

Yo temo y adoro a este dios nuestro implacable.

La burocracia madrileña es la que nos da vida a todos. La que sostiene mi vida, y la vida de los míos, y la de todos mis paisanos. ¡Santa, santa, santa! Sin la burocracia madrileña España no sería España. Sería Barcelona, y Bilbao, y Lugo, y el reino de Boabdil irre-dento.

La burocracia madrileña es la heredera de la gran fuerza española imperial: del soldado y del fraile. De los funcionarios gloriosos de nuestras viejas glorias.

El Rey de España era el máximo jefe burócrata del país. Felipe II estableció esa plantilla.

Pues Felipe II, con la fundación de El Escorial, no hizo más que echar las plantillas de los ministerios de Madrid. En El Escorial nacen el ministerio de la Gobernación, y el de Hacienda, y el de Obras Públicas, y el de Comunicaciones, y el de la Guerra y Marina... Nace la ciclópea madriguera matritense. Madrid nació de la prolongación a cincuenta kilómetros de las Casas de Oficio de El Escorial.

Alfonso XIII fué el último Rey burócrata, suprimido edl escalafón por un reajuste de escalas.

Yo sé la fuerza—cada vez menor, por desgracia—de la burocracia matritense.

Conozco la belleza y la desolación de mi paisaje natal.

Mi paisaje natal de Madrid, de la madriguera española. Ciudad de los madrigueros (el nombre de madrileños es eufemismo del original madrigueros. Madrid viene de madriguera). El aire de Madrid huele a tinta azul, a goma y pegamín, a papel secante y perdigones ferruñosos. ¿No lo notáis? Va disuelto ese olor acre en el carraspeante del polvo—polvo de expedientes, de legajos, de caminos removidos por vehículos que traen a Madrid más legajos y expedientes.

El color de Madrid lo da la madriguera española, el ladrillo rosa de nues-

tros ministerios y la piedra aberrocada y gris de nuestras oficinas carlotercistas. Las fiestas de Madrid son fiestas de madriguerismo perenne. A los toros van los madrigueros, que en la tarde no chupan tinta. A las verbenas van los madrigueros por la noche, pues al día siguiente siempre se levantan tarde.

Los "cafeses" de Madrid son las cueveillas fundamentales de nuestros temibles madrigueros. El madriguerito toma una enorme cantidad de café con leche mojando en él chistes.

En Madrid no existen obreros ni capitalistas. Los capitalistas son proveedores de la madrigueracia. Los obreros son todos socialistas o socializantes, esto es, meritorios ardientes del madriguerismo. De sus falanges han ido saliendo los más egregios ejemplares del madriguerismo nacional.

Cuando el obrero no es socialista ni socializante en Madrid, y se siente revolucionario, esto es, sin ganas de pasear, entonces tiende un pañuelo sucio, una manta rota, por el suelo, y se hace "madriguerito parado". ¡Gran categoría madrileña! Exquisita interpretación proletaria de lo que hacen los grandes madrigones de las alturas, esos que tienden la mano detrás de las poltronas, para que los transeúntes dejen caer su contribución cariñosa, inevitable, implacable.

¡Caridad madrileña! ¡Corazoncito bueno de los hijos de Madrid! Seamos tiernos, sencillos e indulgentes nosotros los hijitos de Madrid. Pasear por Madrid es pasear por la Casa de Campo y por el monte de El Pardo (fieles imágenes al natural de lo que es Madrid por dentro). Es ver hermosos árboles, y hermosas tierras, y hermosos alcores, corroídos por simpáticos, buenos, inocentes conejitos.

No tenemos dehesas de toros bravos,

## Hijos del Pueblo

Yo no sé si tendré que hablar públicamente un día próximo. Me aterroriza pensarlo. Pues sabido es que nadie puede hablar ya públicamente en España, si no antecede sus palabras con una previa declaración, con esa preventiva fe de nacimiento que desde el 14 de abril muestran todos nuestros tribunicios: "Porque, señores, yo que soy hijo del pueblo..." "Yo, como hijo del pueblo..."

¿Me atrevería yo, en público, a pedir prestada al pueblo su paternidad, como quien desempeña en el Monte un gabán que ponerse? ¿Es uno también hijo del pueblo? A lo mejor resulta que también era uno hijo del pueblo sin saberlo, como lo más natural del mundo. Ya que lo más natural del mundo es que no sepan los hijos naturales quienes fueron sus naturales padres.

En vista de que la paternidad legítima va teniendo en España cada vez menos partidarios, será cosa de ir pensando en hacer cargar al pueblo con todos los deslices de las paternidades españolas. Ya no podrán insultar los "antiguos hijos del pueblo", los castizos golpistas de España, a los "dudosos" llamándoles "hijos de tal" (hi de puta los llamaba Cervantes): ahora habrá que llamarles solemnemente: "nuestros queridos hijos del pueblo".

Pero lo más inquietante que va resultando de estos nuevos y orgullosos hijos del pueblo es que, en vez de honrar en el pueblo a su progenitor, en vez de tomarlo como padre, lo toman por el pito del sereno. Y se sirven de él como de un chico para sus recados, como patrón con grumete, como Celestina con sus daifas. ¡Provechosa y honrada profesión esta de "hijo del pueblo"!

Un "hijo del pueblo" podrá tener que ver con España tanto como el moro Muza. Podrá hipotecar España en bolsas extranjeras, en ideas extranjeras, en costumbres antiespañolas, antipopulares y antinacionales. Pero como es constitucio-

improductivas y crueles. Pero tenemos conejeras inocentísimas nosotros los madrigueros.

Ahora la República quiere terminar con esa vergüenza de los conejitos libres e inocentes por las antiguas posesiones reales. Ya era hora. Lo que hacían los conejos pueden hacerlo ya pimpantes funcionarios nuevos, conejos de verdad, conejos de dos patas. Siempre tienen más apetito estos madrigueros que los otros. ¡Ah Madrid, Madrid, que es mi pueblo! Burocracia mía, democracia, burocracia, madriguerocracia de mi alma! ¡Pensar que a mis años—tras afanarme infinitamente por el destino seguro en la madrigueria—iba a tener el destino éste, el que no quería nadie, el de cantar la triste copla de nuestro destino! ¡Por amor de caridad, corazones piadosos, corazones caritativos, corazoncitos madrileños, no dejéis a este pobrecito impredestinado en las calles solitarias de nuestra madriguera! ¡Santa Lucía bendita os conserve el apetito y la vista! Pero un poco de caridad para este pobrecito ciego, que no puede trabajar y tiene que hacerlo, contrariando así el Destino sagrado de Madrid, sede de nuestra República de trabajadores, de roedores. ¡También yo quiero roer un poquito a la patria antes de que ella roa del todo mis patrióticos huesos!

¡Una limosnita! ¡Un destinejillo a este pobrecito que no lo puede ganar! ¡No me hagáis trabajar, hermanitos, que trabajando es como no se gana en Madrid! ¡Hermanitos! ¡Almas piadosas! ¡Almas caritativas! ¡Por Santa Lucía bendita! ¡Por la Virgen del Carmen! ¡Por la ley de Defensa de la República! ¡Oíd este memorial de mi copla, mi copla de pobrecito ciego!

nalmente "hijo del pueblo", eso no tiene importancia, aunque tenga prodigues excesiva.

Yo creo que ha de llegar un día el momento de ajustar cuentas a esas pompas fes de nacimiento.

Será el día en que alguien desde nueva tribuna se atreva a decir a las masas españolas: "Yo que soy hijo de mi padre y de mi madre, como lo sois vosotros, vamos a dejar al pueblo en paz, porque el pueblo somos nosotros, nosotros los que llevamos viviendo y muriendo muchos siglos en esta tierra del globo que se llama España, nosotros que vamos a colgar de las orejas a todos estos mangan-tes que falsifican la sangre, la labia y el dolor de muchas generaciones nuestras. El pueblo no necesita hijos, bastantes tiene de verdad. ¡Padres, padres es lo que necesitamos, padres que nos den de comer y de vivir y de marchar! ¡Basta de hijos melosos y gandules que nos quiten el mendrugo! ¡Abajo "los hijos del pueblo"!

## Cancioncita republicana

A los que nunca vimos de cerca al rey—nos da vergüenza decirnos ahora republicanos.

A los que nunca admiramos, ni aludimos, ni saludamos, ni nos importó nunca el rey—nos da vergüenza ahora decirnos republicanos.

A los que nunca asumimos puestos, encomiendas, correveidiles del rey—nos da vergüenza decirnos ahora republicanos.

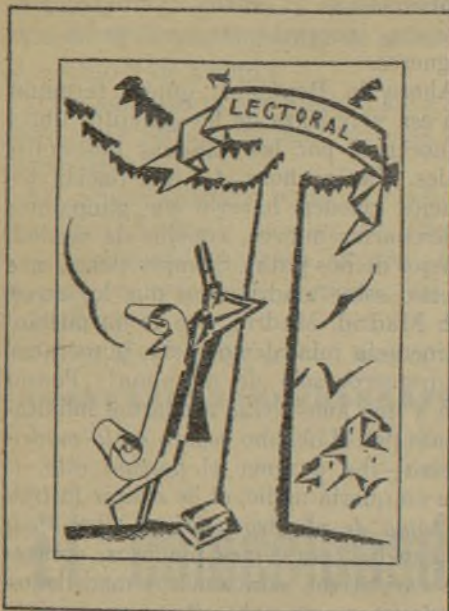
A los que sufrimos persecución por fustigar el Ejército del rey—nos da vergüenza decirnos ahora republicanos.

A los que diatribamos corrosivamente la Iglesia del rey—nos da vergüenza decirnos ahora republicanos.

A los que ironizamos, desdeñamos y nos apartamos de la Aristocracia del rey—nos da vergüenza decirnos ahora republicanos.

Nos da vergüenza decirnos ahora republicanos—¿quiénes?—ustedes, usted, yo—en esta España de republicanos del rey. ¡Oh, miserables republicanos!





1

Pío Baroja tiene un sistema dietético para escribir.

Se observa, en este sistema, al médico y al enfermo.

Pío Baroja es un enfermo médico. (El médico de sí mismo.)

Se receta su producción literaria como un régimen de comida.

Dos libros al año. (Dos comidas centrales.) Y algún extraordinario entre horas, de vez en cuando.

Así resultan estos *Intermedios*. Verdaderos *hors d'oeuvre*. Verdaderos entremeses fuera del menú, fuera de la obra. Como todo entremés, están hechos con sustancias aisladas de platos fuertes. Aquí, unas patatas. Allí, unos pescaditos. Allí, unas lonjas de carne. Cada cosa en su plato, y un plato para todas las cosas.

Hay comensales—los más golosos, caprichosos y refinados—que se contentan sólo de entremeses.

Hay lectores de Baroja que prefieren estos libros suyos, que más que libros son paréntesis de libros.

Estos libros de escenas y relatos sueltos, donde no hay otra unidad que la del capricho.

Uno de tales libros obtuvo hace años un gran éxito comensal: aquel de *Juventud, Egoísmo, Lucha*. Luego Baroja insistió en *Las horas solitarias*.

De este tipo vivamente deslabazado y apetitosamente anárquico, son los *Intermedios* que le acaba de editar Espasa-Calpe.

Este libro es una prendería. Un brie a brac barojiano. Tiene de todo. Teatro, figuras, novelones, pergeños, trajes, confesiones, artículos... Tiene de todo y todo lleno de un poco de polvo. De época.

Los *Intermedios* de Baroja son un libro de época. ¿Qué época? La de Pío Baroja. La época del Hospital General, en el que muere D. Eduardo y el hermano Juan. Época de bohemios como Lozano, Urbano, Nakens, Oiro Bayo, Estévez... Época de anarquistas como Ferrás. Del mago Gómez. Del salvador de Orihuela. Del Dr. Letamendi. De Salmerón. Época del mito anglosajón, del mito antimediterráneo. Época en que se cantaba esta melopea que, de vieja, torna de nuevo a ser actual:

Y nosotros, como comprendemos que en España no hay dinero ya, nos vestimos con traje de buzo pa ver si lo hallamos en el fondo del mar.

Tiene este libro la melancolía de las *Memorias*. Que es una melancolía clara y alegre, por lo inevitable.

Tiene este libro ese tono de desasimiento, cansancio y serenidad de las conversaciones sobre el pasado, cuando este pasado va siendo demasiado remoto.

Es un libro que deja un poco triste, aunque divierta a ratos.

Baroja juega con él como un niño con sus muñecos. Se ve el taller de Baroja en este libro. Se ve cómo fabrica personajes para novelas. Nos enseña patrones y estarcidos. Nos muestra todo el escenario de sus figuraciones.

No es muy simpático el escenario donde ha debido moverse el pobre Baroja. La época de Baroja se verá dentro de unos años—ya se va viendo—como una de las más antipáticas e indecisas que haya tenido la historia. Esa época postromántica que llega desde la guerra francoprusiana hasta los comienzos de la guerra prusianofrancia. Época la más repulsiva de España, donde se desmorona el sueño imperial de una España legendaria y se apunta la aurora de eso que terminaría en don Niceto Alcalá-Zamora.

Baroja no tiene más que dos escapes a ese zaquizamí de su época: el siglo XIX, con sus aventureros liberales y absolutistas. Y el análisis egotista de su propio yo.

Es *Intermedios* un libro donde, por no ser casi libro—y sí galería de cuadros—, se ve todo el museo barojiano, el brie a brac de este anticuario sentimental.

Con su apariencia sin importancia, quizá sea uno de los libros más fundamentales para conocer quién es Pío Baroja.

2

La Biblioteca Atlántico edita una serie de biografías decimonónicas que califica de *extraordinarias*.

Mejor que *extraordinarias* pudiera haberlas llamado *extravagantes*.

Por ejemplo: las del novelista *Fernández y González* y las del cantor *Gayarre*.

En la manía biografiasta desarrollada en Europa últimamente, faltaban las vidas extravagantes, las vidas vitales, caprichosas, absurdas y sin gran importancia histórica.

El *Fernández y González* de Hernández Girbal es un buen ejemplar de tales extravagantes. El novelista más absurdo y divertido de nuestro detritus romántico, Fernández y González, con su cara de zapatero chismoso, aparece salpimentado con todo el ajo, sal, cebolla y huevos fritos de taberna que condimentó su fantástica fantasía, con todo el anecdótico del hombre de las mil anécdotas.

También es buen índice el *Gayarre* de este mismo H. Girbal.

*Gayarre* fué una de esas antonomasias españolas tan frecuentes en una época como la de *Gayarre*: tan rala y cursi. *Gayarre* fué nuestro Ramón y Cajal de la laringe lírica.

3

Mereció *Gayarre* cantar el *Himno de Riego*. Ya que hoy—bajo la República de Riego—no tenemos quien lo cante. A no ser Carmen de Burgos, cuyo canto a *Riego* en Biblioteca Nueva es el único de pechos que ha tenido en serio nuestro pobre mártir de la libertad, recientemente.

El *Riego* de Carmen de Burgos es un *Riego* claro, generoso, simpático, oportunista. Que valdrá a su autora una palmita de D. Niceto, seguramente. Tal vez, una misa. Porque en la República todo vale una misa.

Los seis primeros Robinsones constituirán la primera serie de mi Biblioteca.

En febrero se encuadernarán en una edición limitada y numerada de 350 ejemplares. Irán precedidos de un Prólogo y de un "Índice" de autores y materias aludidas.

Esta "Summa Literaria" del Robinson se pondrá a la venta. Se reciben desde ahora solicitudes para la adquisición de tales ejemplares numerados.

4

¡Lástima que la *Revolución del 54*, que ha escrito Luciano de Taxonera, no posea la claridad y frescura del *Riego* de Colombine.

La figura de *Sartorius* no está del todo dibujada. Resulta confusa, amigo Taxonera. Lo que no resulta confuso es el ardor liberal del autor en atacarla. Tal vez su desdibujo se deba a los golpes furibundos sobre ella del Sr. Taxonera.

Para pintar revoluciones del XIX, o hay que ser un Baroja o un Joaquín Belda.

5

La *Revolución del 69*, de Joaquín Belda, pasará a la Academia de la Historia con algo de perpetuidad. Pues los académicos se la pasarán de mano en mano y de generación en generación para tomar apuntes del natural. Para refrescar memorias con las memorias frescas del gran dilecto de Akademos D. Joaquín Belda.

6

Otro tipo barojesco, memorialista y revolucionario—de que Baroja debía hablar en sus *Intermedios*—es Oscar Pérez Solís. El cual también ha sentido en estos días la voluntad de pasar a la historia en memorial. Memorial voluminoso las *Memorias del amigo Oscar Perca*.

¿Le conoció usted, Baroja? Yo conocí a Oscar Pérez Solís, solamente a través de las descripciones entusiastas que me hacía entonces su amigo—y compañero mío—Gabriel León Trilla.

He leído con viva curiosidad estas *Memorias*, editadas por Renacimiento.

Me interesaba la trayectoria de este tipo algo extraordinario, dinámico, lanzado y fracasado.

Asturiano, de rango noble y plebeyo. Intelectual, militar. Socialista. Escritor. Revolucionario. Comunista. Encarcelado. Sufridor. Y al fin... buen cristiano, bajo la reconfortante mirada del padre Gafó.

Probablemente un mártir, un santo, un místico. (Si no hay debajo un oportunista fracasado.)

7

Otro revolucionario comunista, todavía sin fe cristiana, es el amigo *Gorkin*, nombre de guerra de un excelente y joven escritor: Julián Gómez. Dramaturgo societario a quien *Zeus* acaba de editar dos dramas terribles y amargos: *La Corriente* y *Una familia*. En su primer libro *Días de bohemia*—una novela—había ráfagas sinceras, ásperas y prometedoras. En sus dramas posteriores hay demasiada literatura proletarizante. Demasiada consigna, moda y arbitrariedad.

Pero *Gorkin* es, sin duda, un posible dramaturgo del pueblo en el teatro del pueblo que quieren aquí crear unos cuantos escritores de los llamados del pueblo. Yo desconfío tanto de los políticos "hijos del pueblo" como de los "escritores del pueblo". ¡Es tan difícil llegar al pueblo, o salir del pueblo! ¡Tan difícil coincidir con el pueblo! Tan difícil, que sólo coinciden aquellos seres sin propósito liberado de ello.

8

Hay en el aire demasiado "cultismo del pueblo". Cultismo y no culto. También el joven y elegante malagueño José María Espinosa, tras la aventura bien de Litoral, quiere acercarse en barrena y espiral al pueblo. Su último libro de poemas *La sangre en libertad*, es el preludio

de otra sangre que nos anuncia Ra Alberti: *Vida de mi sangre*. ¡Vamo crear la nueva fórmula poética de sangre para sustituir a la de los ángeles! Una hemopoética?

De cantar tanto a los ángeles ha nacido la sangre. Veamos ahora si cantan la sangre, surgen por fin los ángeles España.

9

He leído atentamente el opúsculo José Ignacio Escobar titulado *¿Socialismo? ¿Comunismo? ¿Dictadura del proletariado?*

Está escrito con sencillez, claridad, alarma. Resulta un memorandum prescindible para todas las clases españolas que tengan algo que perder y a que conservar. Desde el honor de la cabeza.

José Ignacio Escobar se descubre en este opúsculo como escrupuloso y atento examinador de peligros sociales, a través de una red compleja de lecturas y experiencias.

Es un aviso más, antes de que to avisos sea tardío, a las derechas españolas.

Mientras las derechas no formen de cuatro derecha—como en otros países para defenderse o morir—estos opúsculos como el de Escobar constituyen un arma preventiva y útil, un fusil de ideas que disparar sobre las gentes y asustarlas.

10

Como regalo de Pascua agradezco mucho a D. Ignacio Bañer sus *Datos para la Historia de la Unión Interocéánica de América*. Datos que a mí me valen para colgarlos de mi árbol de Noel. Pero que sin duda valen para mucho más.

Casi tan antigua como el descubrimiento colombino es la idea de buscar un estrecho que encaminase hacia las tierras asiáticas.

En 1501, Rodrigo de Bastidas es el primero en llegar a costas panameñas. Colón en 1502. En 1513, Andrés Beroa acompaña a Balboa. Pedrarias Dávila establece la comunicación entre los dos océanos, González Dávila descubre el lago de Nicaragua. Carlos V se preocupa de unir los mares. Así como Cortés, Y Felipe II. Y Carlos III. Ya en el siglo XIX España se aparta de su misión divina, por meterse a defender la constitución española y otras zarandajas. El Canal, ya sabemos que no fueron—por fin—los españoles quienes lo abrieron.

Ignacio Bañer da a luz los horrores de un proyecto que cierta Sociedad francesa debió presentar al presidente de los Estados Unidos en 1862. Muy interesante, muy interesante, amigo Bañer.

Y 11

Agradezco también mucho al cuentista Antoniorrobes los *Cuentos de Navidad* que ha mandado. No los he leído. Se los he dado a mi bello conejito de indias maravillosas: mi pequeña. Ya veremos a ver qué le parecen para poder juzgar. (A mi pequeña: la ardua sentencia.)

Y por agradecer—libros de Ciap—más regalos. También gracias a Hernández Catá, por su *Escala*, libro criollo, marino, atlántico, curioso, ferial, tonipléjico y encantador. Muy encantador, muy encantador, amigo Catá.

**El Robinson Literario de España**

es un libro de muchas páginas

Todas legibles

Leídas



# Decadencia de la poesía española

Se ha fundado en Madrid una "Casa de los Poetas" destinada a vigorizar la poesía española, en plena decadencia. Los poetas son desconocidos. Esa "Casa" también nos es desconocida. Pero lo que no resulta desconocido es el problema de la decadencia de nuestra lírica.

¿Está en decadencia la poesía española? ¿Están en decadencia los poetas españoles?

Entendemos por poesía española la que en auge estaba antes de advenir la república en España.

Entendemos por poetas españoles los que tanto prometían a nuestro parnasos antes del citado acontecimiento. Todos aquellos que—heredando prosapia y maestría de otras edades felices—se agruparon en torno del emblema de la pureza, de "lo puro", como en fortaleza de cristal, contra todo turbio contacto, como en torre de ebonita, como en región estratosférica. Todos aquellos que, bajo el imperativo ductor de José Ortega y Gasset y bajo la imprecación juanramoniana de "A la minoría siempre", encerraron en el lirismo la más sutil de las oposiciones sociales, el más delicado grito de "no colaboración" con la masa. (La rebelión contra la masa.) Ortega y Gasset no ceaba de reiterarlo en los años anteriores a la República: "hoy lo mejor de la literatura joven es la lírica". En su "Re-esta de Occidente" la construyó un artículo especial: la celdita editorial a pureza virgínea de la lírica.

El advenimiento de la República española fué algo tan total y tan de mas, tan popular y genérico, que por un momento—momento del 14 de abril—nuestro pensamiento único no fué más que éste: éste del angustioso destino de la lírica impoluta: la suerte fiera que habría de correr la ampolla de cristal.

La mayoría había triunfado! ¡Calvario heroico el de la pureza minoritaria, perspectiva atroz!

Pero en la mayor y más trágica de las presas los amigos de los "puros" vieron cómo "los puros" desertaban de la fortaleza, rendían armas, sacaban el pañuelo y se mezclaban al revuelto río.

Y constatamos que la consigna no había sido tal consigna, sino una estrategia, una táctica. (Juan Ramón sollozaba de ira y de vergüenza. Pero Ortega—desde el Parlamento—sonreía triunfal.)

El estilo puro, el estilo indirecto, el estilo metafórico había sido una simple técnica parlamentaria, una "acción indirecta". Poesía indirecta y parlamentaria. Retórica pura. La masa en rebelión podía perdonar ya a los poetas, contra masa, rebeldes, porque todos iban, ella y ellos, hacia lo mismo: "A la minoría parlamentaria siempre". Y, en efecto, gentes de la masa en rebelión antes de la República maldecían y escupían a los "puros" no tuvieron ya inconveniente, triunfada la república, en estrechar sus manos y en hacerles hueco estimativo y social. Los "puros", por su parte, tampoco vieron inconveniente ya en aceptar esa colaboración electorera de "A la minoría parlamentaria siempre". ¡Magnífica y general paradoja, nueva paradoja más de esta España de las paradojas! Aquí el escritor que cantó lo colectivo era el que crecía al triunfar lo colectivo. Y aquel que se hermetizó contra lo totalitario era el que triunfaba al fin.

Pero desde entonces, si bien ha podido hablarse de la suerte republicana de los poetas puros, también ha podido sealarse francamente una decadencia en la poesía española, condenada desde entonces por el más vulgar de los delitos: abuso de confianza: estafa.

Aun no se ha celebrado el juicio de ese delito ante los Tribunales patrios; pero yo les antecedo este enjuiciamiento mío.

Yo les antecedo, poco más o menos, lo que en ese acto judicial impugnará la fiscal conciencia.

¿Hasta qué punto puede tolerarse en un país—dirá la brava voz fiscal—el que sus poetas claudiquen de su poesía, engañen a sus secuaces y se aprovechen del triunfo de sus antiguos perseguidores?

¿Desde cuándo, ¡oh Platón!, puede tolerarse que los poetas sean admitidos en una República?

Una República no debe tener poetas, gente peligrosa. Le bastan los guardias de asalto, ¡oh divino Sócrates!

Pero de tener una República ese lujo—¡ah el lujo de los poetas!—habrá de examinarlos bien su caja torácica, la cavidad pectoral de donde les sale el resuello.

Así lo realizó Alemania, la nueva Alemania de Goethe, con sus "Stürmer und Dränger", los cuales, a través de sus arrebatos naturalistas, legendarios, medievales, inocuos e inconsutiles, llevaban un único anhélito angustioso y creador, el "Was ist deutsch?" Qué es lo nuestro, qué es lo alemán?

Así lo realizó Rusia en el salto del 25 viejo de Gorki y de Gogol, y de Rozanof de octubre de 1917. Aceptó el resuello y de Bély.

Pero en lo juvenil dió paso—sin estafa alguna—al estro ardiente de un Blok, de un Maiakowski. A la prosa lírica de un Pasternak, de un Zamiatin, de un Essenin. Al sueño lírico de los líricos de Rusia, de los "puros" de Rusia: revolución-pueblo.

Así lo realizó Italia, donde Marinetti fué el preludiador del "duce" lírico, futurista de la postguerra, mucho antes que Musolini, el cual—sin estafa alguna—honrará luego al poeta con la medalla del Trabajo y Previsión Social.

Así lo realizó Francia con sus clásicos cantores de los Derechos del Hombre. En cambio, nosotros—España—pretendemos hacer una revolución democrática a base de poetas aristocráticos. Solucionar el pleito de la "mayoría" con los de "la minoría siempre". ¡Y no se conmueven las esferas! ¡Y el fuego del de tanto pecado! ¡Señor, señor; tú que cielo no baja centelleante a purificarnos nos tienes tanta señal ¡Por los nuestros pecados, no destruyas a España", decía ya el conde Fernán González, pensando en esta lírica española. Claro que alguien podrá argüir que la República debe honrar alguna clase de poesía sin pararse en pelillos. Y ayudar con sinecuras a los pobres poetas, echándoles de comer lo mejor posible. Pues la República—piadosa—recuerda aquellas palabras de Cervantes, en el "Viaje al Parnaso", donde recomienda sentar siempre a la mesa los poetas, pues nunca demostrarán excesiva violencia en rehusarlo.

Además—diría la República—, si no honro a esos poetas "puros", ¿cuáles son mis poetas?

Pues esos precisamente a los que no honra como poetas, sino como políticos, siendo tan poetas de la revolución española como lo fueron Maiakowski de la rusa, Marinetti de la italiana y Herder de la alemana: "Luis de Tapia" y "Baltontín", por ejemplo. Como se descuiden estos dos ilustres vates de la República española se encontrarán dentro de poco que el país les vuelve la espalda por "¡puros!"

¿Por qué no se acogen estos poetas, con todo honor, a la "Casa de los Poetas"? ¿Por qué no los acogen los poetas de la "Casa de los Poetas"? ¿Y forman poética de la República? En la nueva

entre todos un "Sindicato de defensa Humanidad todo tiende al "Sindicato". Hasta los poetas se sindicaron en los nuevos países revolucionarios. Yo mismo—gran admirador de Pestaña—estoy dispuesto a formar el "Sindicato de Robinsones" en cuanto haya alguno más que yo.

Hay que ayudar al Estado, si el Estado ha de ayudarnos.

Pero ayudarlo poéticamente, sin abusos de confianza. Con toda honestidad lírica.

Auguro un gran porvenir a la "Casa de los Poetas" si logra—en vez de una academia más, en vez de un cenáculo o merendáculo más—un órgano de Estado, una nueva ley poética de Defensa de la República. Ya que las cañas (las plumas) pueden una vez todavía en la Historia tornarse lanzas.

## Estilo y Acción

En la revista Murta, que hacen unos escritores de Valencia, he visto un artículo de Antonio Espina sobre La Puerta del Sol. Y me he quedado estupefacto al constatar que el estilo de Espina, tras la República, es exactamente el mismo que el de antes de la República. Un estilo anfibólico, hermético, aristocrático, a base de clave y de metáfora pura. Popularmente ininteligible.

A mí ese estilo no me parece mal. Es decir, no me parecía mal en otros tiempos. Conocía la clave, la entendía, y hasta me deleitaba en componer temas.

Conocía el sistema Ollendorf de ese estilo, puesto de moda en aquellos conciliábulos aristocráticos a los que, indignamente, tuve la suerte de asistir. De asistir antes de que fusilaran a Galán y García Hernández.

Lo que encuentro inexplicable es que un redactor de prosa como la que nos prometía la Nueva España, pueda recaer en la manera que la gente llamaría de la "superferoliquez". Pueda recaer en aquel estilo ollendorfiano.

¿Qué dirá un Pedro Rico, un Manuel Cordero, y algún otro prohombre republicano al leer esa literatura de los que les ayudaron un día a escalar la superpolitiquez?

¿Es que la República no ha removido el estilo de sus escritores? ¿Es que la República puede seguir tolerando el estilo monárquico, aristocrático, latifundista y narcisista del joven escritor español?

El estilo es el hombre. Y esto, que en principio fué ya una buffonada, podría seguirlo siendo en España, de no cambiar las cosas, los hombres y el estilo.

## Fortuna del Robinson



Rafael Santos (San Sebastián).

Desde que tuve ocasión de hablar aquí un momento con usted empecé a leerle. He leído todos los Robinsones publicados.

Me parecen lo único decente que se está publicando hoy en España. He leído también su último libro "Trabalenguas sobre España" y ahora espero poder leer los libros de usted que más me interesan: "Yo, inspector de alcantarillas", "Hércules jugando a los dados", "Círculo Imperial" y su primera obra: "Notas marruecas de un soldado".

Un amigo que me escribe desde la Universidad me dice: "...Giménez Caballero creo ha de ser la visualidad más certera de España...; me gustaría se desligara completamente del fascismo." Le agradecería me indicara su posición respecto al fascismo. No creo que sea usted fascista. Políticamente me explico su predilección por el anarcosindicalismo, por la anarquía de su robinsonismo. Aunque no creo que esté tan cerca de él como piensa. Su anarquismo puro, robinsonismo como el anarquismo puro de Unamuno, me parecen imposibles de identificar con el anarcosindicalismo catalán.

Mi hermana Angeles le agradece el envío del último Robinson literario.

Rafael Laffon (Sevilla).

Amigo Giménez Caballero: Es usted un dinamógeno de literatura admirable. Su ejemplo del Robinson me ha desparejado (una pereza de casi medio año).

Volviendo a su ejemplaridad, le diré que esta tarjeta tiene trazar de esas de los clientes agradecidos a un específico, que sirven de publicidad luego.

Jacinto Benavente (Madrid).

Mi querido amigo: Muchas gracias por todo.

Príncipe Bibesco (ministro de Rumania).

Querido amigo: j'ai été ébloui par le Robinson Littéraire. Quel feu d'artifice quelle dynamite!

G. Díaz Pla (Barcelona).

Mi querido Ernesto: ¿Celebra el Robinson sus fiestas navideñas y de año nuevo? ¿Le traen algo los Reyes? Ahí van votos de todas clases.

Gracias por tu nota. Está bien eso del Robinson. Cada día estoy viendo que responde a una cosa más auténtica y más profunda. Todos somos Robinsones. Aislados. Gentes atrincheradas en un yo insobornable; sin comunicación posible. Es la tragedia del hombre de los Sei personaggi. Yo estoy escribiendo una novela—trágica—robinsonica: Angel sin espejos. ¡La limitación de la palabra: la farsa de la palabra! Cosa que me preocupa; anoto fichas sobre la crisis de la palabra (D'Ors, Aldous Huxley, Waldemar George, Pirandello, Ezra Pound, Maragall, Giménez Caballero, Maeterlinck, Remy de Gourmont, etc.).

Adiós. Te saludo como Viernes debió aprender de Robinson.

¡Happy new year!

J. Francisco Pastor (Heidelberg).

Querido Ernesto: Hace tiempo que quería agradecerte las inmateriales líneas poéticas que me dedicaste en tu Robinson, pero una enfermedad de los riñones y de los bronquios me mandó por quince días al hospital. Inmóvil y aburrido, mi única salvación era el ensueño y la lectura.

Aquí vivo en una isla robinsoniana. Es nuestra tragedia. De España no me llega ninguna noticia. No recibo la Gaceta ni El Sol.


Me ha entrado el ansia enfebrecida de escribir mucho. Me pasaría los días escribiendo, escribiendo... Mis ganas de escribir son más fuertes que las ganas del sexo, pero ¿quién publicaría todo lo que yo escribiera? ¡Ah, si me llamase Kowalski!

Adiós, gran Robinson. No me olvides en tu isla. Yo no te olvido en la mía.

## AVISO DEL ROBINSON

Por exceso de original se me quedan sin entrar más dos grandes folletines: "Las mujeres de Cogul" y "Los que reconquistamos Gibraltar". ¡Inconvenientes de escribir apasionadamente! Se pasa uno de la cuenta. En el Robinson número 6 irán estos folletines, compuestos y sin papel donde imprimirse.





Lee los anuncios del Robinson

**Lee ESCALAS de Hernandez Catá**  
(Valen 7 ptas. Pero valen mucho mas. Poemismo, criollismo, novelismo, nada igual a si mismo.)

**Lee LA REVOLUCION DEL 69 de Joaquin Belda**  
(Premio Nacional de la Academia Republicana de la Historia. Veracidad, seriedad. 9 5 ptas.)

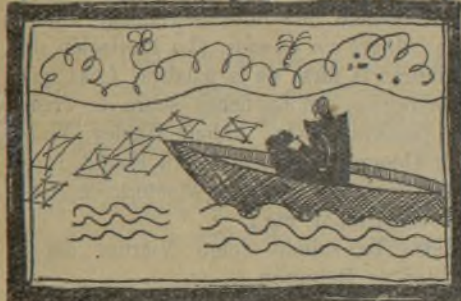
**Lee ACOTACIONES de un OYENTE de W. Fernandez Flores**  
(Lee lo que hateis y a olvidado a fuerza de 10 cts diarios en ABC. Vale la pena. 9 5 ptas. Gracia muy garantizada.)

**Lee los CUENTOS de NAVIDAD de Antoniorroble**  
(Siempre nuevo este cuentista de año nuevo. Mucha opinión: "Antoniorroble es mi psicólogo preferido" Luita Perez, Valladolid. 7 años. — "El es mi infancia nostálgica" Ponte de Bugallal Lugo, 97 años.)

**Lee JAQUE-MATE de Rosa Aruñiga**  
(La mujer de capa y espada. de rompe y rasga. de bravura y guapeza. La fenómeno literario del año.)

**Lee EL VENGADOR, de Edgar Wallace y HERMANO NEGRO de Magdeleine Paz.** (Lee los. Yo no los he leído. Despues decidme si son bonitos.)

## Servicios de estafeta



A Rafael Alberti en París

Querido Alberti: Buen follón has armado con tus versitos a San José. ¡Pobre San José! Parece como si la hubiésemos tomado con él. Nosotros que somos tan españoles, y que vemos en San José al santo más español de nuestras más españolas mujeres.

He recibido tu poema de la Virgen de la Cinta y el de la Buena Leche, de Rodríguez Pintos. Están ambos estupendamente editados. ¡Rodríguez Pintos hace la competencia a Manolo Altolaguirre en eso de las imprentas unipersonales y robinsonicas?

Te agradezco tu felicitación por mis trabajos, verdaderos trabajos herculanos, hechos como siempre los hacemos los españoles, por no trabajar.

Me preguntas por los demás. ¿Quiénes, los camaradas líricos? A Guillén le he hablado la otra noche en el Centro Histórico. Sigue tan fino, tan concentrado y tan amable. Y escribe poemas, a pesar de la República, que me ha prometido mandar. Lorca está a la sombra de su protector granadino don Fernando, que le ha prometido comprarle un carrito de títeres si es bueno y no llora.

Salinas, metido el pobre en un jaleo judicial de mil pares de demonios. Ha sido juez de Cipri, con Melchorito y tu amigo Díez-Canedo, y nada, un follón más gordo que el de tu San José. Por lo demás, tan

trabajador, social, activo y simpaticísimo como siempre. A Pepe Bergamín creo que le han quitado ya la preocupación de la agricultura. No sé qué otra preocupación oficial le habrá quedado. Tu gran Sánchez Mejías está mu comunista. Creo que es la consigna del grupo Sánchez Román, o grupo de los natalios, como les llaman otras tertulias. Pero los comunistas no le han aceptado el dinero que les ofrecía. ¿Por recelar, sin duda, de soborno?

¿De quién más quieres que te dé noticias? ¿De ti? Pero si de ti no sé nada más que unos versos en tu honor publicados el otro día por un poeta anónimo de un semanario cómicopolítico de Madrid.

¡Dime con quién andas a ver si puedo decirte quién eres ahora! Feliz año te deseo, si logras la Virgen de la Buena Leche, que en España es un enchufe republicano.

A Pierre Besson en París

Muy señor mío: Celebro que sea usted un fiel lector del Robinson y un admirador de la civilización española y de que tenga usted tan jóvenes años. Y de que desee encontrar un correspondiente español con quien hablar español en París. Diríjase a nuestro Instituto de Estudios Hispánicos, rue Gay-Lussac, 31, pregunte por el señor Viñas. Expóngale sus pretensiones y quedará servido en el acto.

A Paul Vanderborght en Bruselas

Nos hemos ocupado, distinguido amigo, de la Antología del señor Castillo Nájera, tan excelente. Siento tanto no haberle recibido en Madrid este agosto, por mi ausen-

## El Robinson Literario de España

APARECERA MENSUALMENTE

(Si las circunstancias y la salud del autor no lo impiden)

cia de España. Sentí también no conocerle en Bruselas, cuando allí conferencé hace dos años. Así como lamento infinito no haber asistido a ese homenaje de La Linterna sorda, dedicado a las Literaturas Españolas e Hispanoamericanas. En el número 15 de enero daremos cuenta de dicha fiesta. Con gusto, sí, haré que le manden algún libro mío. Y yo espero ese "Homenaje a Rupert Brooke", al que modestamente colaboré.

A M. González Asencibia (Las Palmas)

El estudio de Pillepich sobre Miró puede obtenerlo escribiendo directamente a este hispanista: Piero Pillepich, Biblioteca, Fiume (Italia).

A Susana Ascher (Berlín)

Le autorizo, distinguida lectora, a traducir en lengua alemana mi ensayo sobre Judaísmo, Catolicismo y Laicismo, publicado en mi Robinson Núm. 2.

A los amigos que me felicitan el año nuevo

Les agradezco mucho, querido Piqueras, querido Antonio de Obregón, querido Luis Gómez Mesa y querido Helfant y queridos otros amigos, sus felicitaciones de Año Nuevo. ¿Es que va a ser muy bueno para mí? ¿Tengo que ver yo algo con él para sentir por él felicitaciones? Cuando ustedes lo dicen, por algo será. Quedo encantado del presagio.

Al Dr. Paul Winter en Praga

Ya nos ocupamos, amigo Winter, de eso que me alude.

Con gusto recibiremos notas tuyas checoslovacas. Pero sin compromiso económico alguno. Desde Praga, Ginés Ganga nos suele enviar notable colaboración. Ahora, otro español, Jorge Rubio, también enviará alguna literatura. Quedo cordialmente a su disposición.

A Juan Vicens en París

¿Qué haremos para que LA GACETA LITERARIA te llegue oportunamente? ¿La secuestrarán en la frontera? ¿Creerán los carabineros que entre sus hojas van capitales emigrantes, billetes de banco?

Yo creo que debes reclamar al presidente de la República francesa, mientras yo hago aquí la misma reclamación al presidente de nuestra República.

¡Ya siendo ya mucha república ese retraso injustificado de los envíos!

## Sumario del Robinson

Mi estrella.—El rey temporero.—Primer Don Nadie de España.—Hábitos en política: La Capa, el Chaleco, la Camisa y el Mono.—El peligroso grito de ¡viva España!—Los anteojos.—España y Rusia: Loyola y Lenin. Teatro: La Corona, Bibesco, La Oca.—El premio de Cipriano.—El fascismo y España.—Arte: Posibilidad de una arquitectura nuestra.—Bailarines, Bailes.—La feria de los discursos.—Un nuevo poeta pastor.—Cinema: Muerte y resurrección del Cineclub. Tipos de la República: El coleccionador de autógrafos.—Revistas: Tambor de guerra para Ahora.—La madriguera española.—Hijos del pueblo.—Cancioncitas republicanas.—Lectoral.—Decadencia de la poesía española. Estilo y acción.—Fortuna del Robinson.—Servicios de estafeta.—Anuncios del Robinson.

Los seis primeros Robinsones constituirán la primera serie de mi Biblioteca.

En febrero se encuadernarán en una edición limitada y numerada de 350 ejemplares. Irán precedidos de un Prólogo y de un "Índice" de autores y materias aludidas.

Esta "Summa Literaria" del Robinson se pondrá a la venta. Se reciben desde ahora solicitudes para la adquisición de tales ejemplares numerados.

COMPANÍA GENERAL DE ARTES GRÁFICAS